DOBLE JUEGO

BRUGUERA

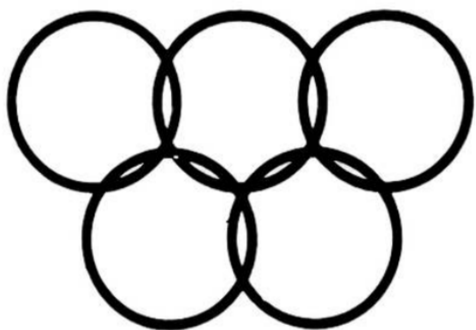
BOLSILIBROS

ACCION

LAS ZARPAS DE UN GATO

Lem Ryan





COLECCION
DOBLE JUEGO





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

62 — *La lesión,* Lem Ryan
63 — *El rey del básquet,* Joseph Berna
64 — *K. O. mortal.* Alan Parker
65 — *Contraataque fulminante.* Adolf Quibus
66 — *Infierno de bambú.* Curtis Garland

LEEM RYAN

LAS ZARPAS DE UN GATO

Colección
DOBLE JUEGO n.º 67
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 18.430-1983

Impreso en España-. Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1983
2.ª a edición en América: enero, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona 1983

Karate ni sente nashi.
En el *Karate* no existe el primer ataque.

(Máxima del *karateka*).

CAPÍTULO PRIMERO

EL TEMPLO PERDIDO EN CHINA

La pagoda estaba ante ellos. Podían verla perfectamente, con una simple mirada, sin necesidad ahora de prismáticos.

Las gigantescas montañas parecían monstruos colosales, elevándose majestuosas hacia el oscuro cielo, tapando en gran parte la visión de las estrellas. Pero la luna sí estaba presente sobre las montañas, iluminándolo todo con su lívido fulgor: la vegetación, los árboles, los montes…

Y la pagoda.

Parecía increíble que por fin hubiesen dado con ella, después de tantos días de viaje a lo largo y lo ancho de ese gran continente dormido que es China. Más de una vez estuvieron a punto de abandonar aquella empresa, desalentados, convencidos de que jamás la encontrarían. Pero siempre siguieron, movidos por su propia ambición, que les obligaba a continuar la búsqueda.

Y, por fin… allí estaba, en la falda de aquella gran montaña, oculta a los ojos del mundo, como siempre había estado. Pero en esta ocasión, pese a todos sus intentos de permanecer escondida, unos hombres la habían encontrado, dieron con ella y se hallaban cerca, muy cerca…

Los cinco hombres se movían con cautela entre la vegetación. Apenas hacia ruido al retirar cuidadosamente los matorrales y sus cuerpos ataviados por completo de negro parecían silenciosas panteras en medio de la noche.

Uno de ellos, de pronto, se detuvo, al ver movimiento en aquel templo chino. Sus músculos, tensos bajo las ropas negras, permanecieron inmóviles. Después, con lentitud, se echó en tierra, boca abajo.

Se volvió después hacia el que iba tras él. Le vio tendido, como él, mirando hacia la pagoda. Había una sonrisa en su rostro oliváceo, normalmente inescrutable, y un extraño destello en sus ojos rasgados.

—Tsao-Kai… —le llamó, en un susurro apenas, ganándose la mirada del oriental—. ¿Estás seguro de que esto es… lo que buscamos? Parece… un templo budista.

—Eso es lo que quieren que crea cualquiera que los llegue a ver —respondió el chino, en perfecto inglés, sin abandonar su sonrisa—. Pero ellos no son budistas. Los vi en cierta ocasión y os lo puedo jurar. No

temáis, pues no nos hemos equivocado.

—Eso espero, Tsao-Kai —asintió el que hablara primero, con dureza —. Eso espero…

Siguieron avanzando, arrastrándose por el duro suelo, como negras serpientes fabulosas. En las espaldas de tres de ellos brillaron, con quebradizos reflejos lunares, los subfusiles ametralladores. Los otros dos llevaban en sus manos sendas pistolas automáticas, con el seguro quitado y dispuestas para disparar. Ninguno de ellos dudaría ni un momento a la hora de apretar el gatillo.

¿Qué importaban unas cuantas vidas, al lado de lo que podían obtener?

Cada vez estaban más cerca del templo. A cada paso que daban, cada movimiento que les acercaba, era más peligroso el continuar, se hacía más arriesgado el avance y aumentaba el riesgo de ser descubiertos. Y eso no les interesaba. Debían tener el «factor-sorpresa» a su favor. Por eso procuraban no hacer el menor ruido, moviéndose como si cada arbusto fuera un animal peligroso al que no se le debe molestar, como si bajo cada piedra un escorpión esperaba un descuido para inyectarles su mortal veneno.

Se veían figuras moviéndose en la pagoda, pese a que la noche ya estaba muy avanzada. Las sombras, escasas a pesar de todo, eran visibles bajo la luz lunar, que si bien podía ser muy útil para las cinco figuras, también podía convertirse en un peligroso enemigo en cualquier momento.

—Matad sin contemplaciones a cualquiera que se ponga por delante —escupió el que parecía ser el jefe del grupo, el que iba en vanguardia—. Y, si es posible, sin disparos. No quiero ruidos, si no son necesarios. Esos tipos no deben tener tiempo ni para abrir la boca.

No preguntó si le habían entendido, o si estaban de acuerdo. Los demás habían oído la orden… y la cumplirían. Sabían aquello de antemano, desde mucho antes, cuando supieron de la existencia de aquella pagoda en el interior de la vasta, ingente superficie de China.

Pronto vieron en toda su magnitud las formas del templo budista, tan cerca que podían acertar sus paredes de un salivazo. Pero siguieron tendidos en el suelo, casi invisibles por sus ropas negras, esperando…

Contemplaron entonces con más claridad a los que hasta aquel momento solo fueron sombras en la distancia. Y muchos de ellos sonrieron.

Tsao-Kai tuvo razón.

Aquellos hombres no eran monjes. Y mucho menos, budistas. No llevaban sobre sus cuerpos atléticos, musculosos, los clásicos hábitos de amarillo color que usan los que siguen las enseñanzas del *Buda* Gautama. Al contrario, sus torsos estaban desnudos, sin protección alguna, los músculos, como flejes de acero, visibles bajo la aceitunada piel. Pero, a pesar de eso, podían parecerlo. Sus cabezas calvas, rapadas, y la expresión

serena, apacible, de sus rostros, podían confundir a cualquiera.

Sin embargo, había algo que contradecía todo aquello. Algo que nunca debió estar donde estaba, y que resultó harto esclarecedor para los cinco hombres.

Una figura en sus pechos. Un tatuaje en rojo, representando algún animal mitológico, imposible de encontrar en la realidad.

Una serpiente alada, unos trazos definidos que formaban ese animal sobre los torsos de atleta, de alas membranosas y desplegadas, cubriendo los pezones, y cuerpo serpenteante.

Ya no cabía la menor duda. Estaban en el sitio adecuado, en el lugar que durante tanto tiempo buscaron en los remotísimos, casi perdidos confines de Asia.

Eran dos los orientales de cráneo afeitado y pecho cruzado por el rojo tatuaje que estaban en aquella zona, visibles para ellos. No resultaría difícil anularlos, pensaron todos.

Cautos, sin precipitaciones, empuñaron sus armas. Los subfusiles y las pistolas automáticas quedaron en sus manos. Pero no querían utilizarlas. No aún, al menos.

La oscura figura que parecía tener el mando sobre el grupo se levantó, quedando acuclillado, agazapado entre las hierbas. Caminó de esa manera, sin dejar de vigilar a los dos chinos que, imperturbables, escudriñaban en derredor, sin darse cuenta de su presencia. El negro, mortífero cañón de su arma, no dejó de apuntar en ningún momento a los desprevenidos orientales, con el índice enfundado en cuero, engarfiado en el gatillo.

Se puso en pie, erguido totalmente, la espalda pegada a la pared, como si deseara fundirse con ella, la pequeña metralleta cruzada en su pecho. Tenso, conteniendo incluso la respiración, esperó a alguno de sus hombres, ordenando cautela con la mirada.

Pronto tuvo a uno a su lado, tan oscuros sus ropajes como los de él mismo. Se miraron. No hicieron falta las palabras. Todo estaba claro. Sabían cómo debían obrar.

Los subfusiles quedaron colgando de sus cuellos por los correajes, inofensivos ahora pero siempre dispuestos a ser utilizados en caso de emergencia. Y un nuevo arma, más silenciosa pero también más difícil de manejar, apareció en sus manos cuando estas buscaron en la parte trasera de sus cinturones.

Unos puñales.

Los ocultaron con sus propios cuerpos, procurando que no brillasen a la luz de la luna, y se deslizaron cuidadosamente a lo largo de aquel muro. Sus dedos aferraban con fuerza los aceros.

Los dos chinos no estaban armados. Y eso era extraño para las figuras de negro, que no acertaban a comprender por qué aquellos hombres

vigilaban sin ayuda de armas.

Pero esa circunstancia les favoreció, porque, poco después, cuando se presentó para ambos hombres la oportunidad, uno de los chinos de pecho tatuado se derrumbó, sin un gemido siquiera, sin hacer el menor ruido, atenuado el golpe contra el suelo por unos fuertes brazos. En su cuello, abierto de oreja a oreja por un tajo seco, brutal, murió antes de nacer un potente aviso, entre el gorgoteo siniestro y lúgubre de la sangre al brotar, copiosas.

El otro guardián de torso desnudo y ojos oblicuos se volvió, alertado más por su innato instinto de luchador que por cualquier otra cosa. Y lo hizo velozmente, casi fulgurante, encarándose al hombre de negras vestimentas que había matado a su compañero con las manos engarfiadas, con los músculos para actuar pero relajados en cierta forma, en uno de los estilos más puros de Kung-Fu, el que dio nacimiento más tarde, en Japón, a una de las más conocidas Artes Marciales en todo el mundo: el *Karate*.

Pero, en aquella ocasión, de nada sirvió el arte de lucha autóctono de China, nada consiguió el «secreto de Shaolin» frente a la habilidad de aquellos hombres, duchos sin duda en la técnica de matar a distancia, porque, antes de que el oriental pudiera hacer nada, un puñal se hundió en su estómago, lanzado por una mano certera y segura, quitándole la vida.

—Bien hecho —admitió el jefe, todavía inclinado sobre el guardián, mirando cómo se desplomaba el otro—. Ahora el camino está libre.

El otro asintió y caminó, lentamente, vigilante, hacia el muerto, para recuperar su arma.

Todo era silencio ahora.

No había el más mínimo ruido. Ni siquiera el aleteo de algún ave nocturna en la distancia. O el silbido del viento entre las ramas de los árboles.

Nada.

Se reunieron los cinco hombres de negro. Los cadáveres fueron ocultados enseguida entre los matorrales.

Ya estaban en aquella falsa pagoda.

Como dijera el hombre que llevaba el mando, el camino ahora estaba libre. Nadie se había enterado de que estaban allí dentro, salvo aquellos dos guardianes muertos. Y esos no les ocasionarían problemas. Podían conseguir a la perfección su objetivo.

Pero, a pesar de todo, no se confiaron. No eran idiotas. Sabían que en cualquier momento se podía producir una sorpresa, y las tornas se cambiarían. Por eso continuaron con los sentidos alerta.

Cuidadosos, como si hubieran sido entrenados especialmente para aquello, entraron en la ahora desguarnecida pagoda, con las armas listas, como podría haber hecho cualquier comando militar; cruzando las entradas

con rapidez, pegados a las paredes, y apuntando en abanico hacia el interior, con los índices engatillados.

No hubo sorpresas… aún. Todo parecía tranquilo, en calma, a pesar de lo que estaba sucediendo.

Los demás debían estar dormidos. Y los otros vigilantes que rodeaban la pagoda ni siquiera habían advertido la desaparición de dos compañeros.

Todo iba sobre ruedas.

Dos de los hombres se quedaron allí, en la entrada, para tener más segura la huida. Los demás, se internaron por los pasillos, pasando ante multitud de puertas cerradas. Las botas con suela de goma blanda les permitían pasar desapercibidos en medio del silencio, sin romperlo apenas.

De pronto, lo vieron.

Era una estancia amplia, de mayor tamaño que cualquiera de las demás en la pagoda. Su importancia, por tanto, era evidente. Debía tratarse de un lugar de adoración o algo parecido.

No había puerta.

La entrada estaba franqueada. Podían pasar.

Y eso hicieron, pero con las precauciones pertinentes, con las armas por delante. Pero no había peligro.

Y, cuando entraron, supieron que llevaban razón.

Era un lugar de adoración.

Pero también era algo más; allí estaba lo que ellos buscaban. Habían llegado al sitio adecuado.

Vieron la enorme, ciclópea estatua de jade, en el centro de la sala, como reptando sobre el pedestal, con las enormes fauces abiertas, las alas desplegadas. Una estatua con la forma de una serpiente alada, mirándoles con sus ojos inmóviles, fríos, inexpresivos.

La luz de una linterna lo hizo visible al instante, rasgando sin problemas la oscuridad, cayendo el luminoso cono sobre la estatua. Y sobre algo más.

Las miradas de los tres hombres se posaron, maravilladas, hechizadas, en las formas que destellaban en el suelo, junto al pedestal, guardadas, vigiladas por la estatua de aquella deidad. Los reflejos rojos, verdes, cristalinos y áureos amenazaron con herir sus pupilas.

Se acercaron, brillantes sus ojos por la codicia.

—Diamantes… —jadeó uno de ellos, sin ver nada que no fueran las diminutas joyas que parecían llamarles desde el suelo, formando una montaña bellísima—. Oro… Entonces… era cierto… Todo lo que nos contaste, Tsao-Kai, era verdad…

—Por supuesto… —rio el chino, cuyos ojos almendrados parecían clavados a las formas diamantinas—. Lo supe hace mucho, mucho tiempo… Mi padre perteneció a esta estúpida secta. Me habló muchas

veces de esto, de su dios, de la serpiente alada, de las riquezas acumuladas a lo largo de los siglos… Unas riquezas que debían pudrirse aquí, ante la mirada impávida y pétrea de este ídolo. Pero hay otras maneras de utilizar esto…

—Y por eso te aliaste a nosotros… ¿No es así? —susurró entonces el jefe, observando con cierta frialdad al oriental—. Sabías que con nuestra ayuda conseguirías tus propósitos…

—Así es —asintió el chino, sonriente—. Ahora, toda esta fabulosa riqueza estará en nuestras manos. Tocamos a bastante, entre los cinco…

Fue entonces cuando se escuchó la risa, viniendo de los labios del hombre que tenía allí el mando. Una risa siniestra, helada, pero baja, apenas un siseo apagado.

—¿Cinco…? —rio, mirando en rededor—. Me parece que te equivocas, Tsao-Kai… Somos cuatro.

—¿Cuatro? —se sorprendió el oriental—. Pero…

Miró en ese momento, horrorizado, comprendiendo súbitamente, el brillante puñal que había aparecido de nuevo en la diestra enguantada de su compañero occidental. Un puñal que todavía conservaba restos de sangre en su ancha hoja de acero.

Retrocedió, aturdido por lo que sucedía, mientras el tipo de negro hacia lo contrario; es decir, avanzaba, inflexible, decidido.

—No… —jadeó, incrédulo, Tsao-Kai—. ¿Qué vas a…?

Elevó su propia arma, la automática que aún empuñaba. Pero lo hizo tarde. Su oponente fue más rápido y, con un movimiento celérico, le hizo soltar la pistola, que cayó, con seco tintineo metálico. Su mano chorreó sangre, herida, mientras él contenía un grito de dolor.

De nuevo la risa malvada del que antes fue su aliado. Elevó la mirada.

Tuvo el tiempo suficiente para comprender que era tarde, que no había manera de salvar su vida. Y, aunque intentó defenderse, el hombre era fuerte. No pudo evitar que la acerada hoja se hundiese en su abdomen, atravesando músculos y vísceras como si fuese mantequilla.

Tambaleante, dio un par de pasos hacia atrás. La sangre brotaba a borbotones, manchando sus ropas negras, empapando el suelo. Vio el puñal enrojecido por su propia sangre, en las manos de su asesino. Vio, con ojos desorbitados, la sonrisa de este.

Cayó de espaldas, muerto ya, quedando como un pelele en el suelo. Su vidriosa mirada parecía observar, más allá de la propia Muerte, a la orgullosa estatua de aquel reptil fabuloso.

Su asesino también la miró, divertido en cierto modo, preguntándose qué divinidad sería aquella, de la que jamás oyó hablar. Después, contempló al otro hombre de negro, que a su vez miraba al muerto, con la metralleta en las manos.

—Ese estúpido chino… —rio su jefe, limpiando con sus ropas el puñal —. ¿De verdad creía que le iba a dejar con vida? Ahora somos menos para repartir, y no corremos tanto riesgo de que nos atrapen. ¿Quién sospecharía de unos turistas europeos, que visitan China, atraídos por su exotismo y encanto?

Su compañero no parecía oírle. Seguía mirando el cadáver de Tsao-Kai, inmóvil sobre su propia sangre, inerte.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó, en voz baja—. ¿Solo por conseguir más tajada? Entonces… también serías capaz de eliminarnos a los demás.

—No seas estúpido, Mark —sonrió el otro—. No puedo hacer tal cosa. Eso pesa demasiado para llevarlo yo solo. Ese chino no nos hacía falta ya. Lo único que podía traernos era problemas. Ahora nosotros, cuatro turistas ingleses, estaremos libre de cualquier sospecha ante el gobierno chino, si esto se hace público.

—Quizá tengas razón —suspiró el llamado Mark—. Pero sigue sin gustarme. Era nuestro compañero y, si le has hecho eso… ¿Cómo podré confiar en ti a partir de ahora?

—Vamos, Mark, no te lo tomes tan a pecho —rio en voz baja el otro—. ¿No confías… en tu propio hermano? Era solo un chino. Uno más, entre los ochocientos millones que pueblan este miserable país. Nadie lo notará. Y salimos ganando.

Su hermano no dijo nada. Solo cogió un par de sacos de piel, muy resistentes, y comenzó a llenarlos. En sus manos, las joyas, los diamantes, los rubíes, parecían hermosas gotas de lluvia de todos los colores, que se deslizaban entre sus dedos para caer en los sacos, con cristalino entrechoque.

El hombre que mató a Kai también hizo lo mismo, con rapidez. Debían acabar lo más rápido posible, para hallarse lejos cuando amaneciese.

En ese momento, oyeron ruido tras ellos. Ruido de pies descalzos, acercándose. Se irguieron, volviéndose fulgurantes, con las metralletas a la altura de las caderas, sujeto el corto cañón por la siniestra. Y vieron las antorchas, los torsos desnudos bajo su amarillento fulgor, los cráneos afeitados… Y, sobre todo, los tatuajes del dios-serpiente alado, más rojos que nunca, casi sangrientos en los torsos de los sectistas.

Marck movió la metralleta en abanico, apuntando a los orientales, que les observaban con fijeza, aguardando en la entrada, con piernas, manos y mente preparados para la lucha, en actitud de combate. Sus rostros eran máscaras inexpresivas. Sus manos, armas silenciosas, que podían resultar mortales, bien engarfiadas en el aire, en la posición llamada *Hu-Chao* o *Zarpa de Tigre,* o rígidas, extendidas, en *Tao-Shou* o *cuchillo.*

—Estamos rodeados, Mark… —jadeó su hermano, y jefe de aquellos ladrones de negro—. Tendremos que abrirnos paso a tiros, si queremos

salir de aquí con vida. ¡Coge esos sacos!

Obedeció, cogiendo cómo pudo dos de los sacos, pero sin dejar el subfusil; mientras, los sectistas de rojo tatuaje avanzaban hacia ellos, siempre atentos a sus movimientos. Dijeron algo en chino, pero era como si no hubiesen hablado, pues no entendieron ni una sola palabra.

Entonces, oyeron el tableteo sordo de una metralleta. Y gritos doloridos, respondiendo a cada impacto de proyectil, mientras seguía, interminable, el ra-ta-ta-ta-taaa…

Eso significaba que también había sectistas en la entrada de la pagoda, asediando a los dos hombres que la vigilaban. Y estos los contenían a tiro limpio, sin reparar en gastos de munición.

Ellos hicieron lo mismo. Sus armas vomitaron muerte a chorros, entre el ensordecedor estrépito de los disparos y el olor a pólvora.

Algunos chinos cayeron, arrasados, acribillados sus cuerpos a balazos con rapidez. Pero los demás no retrocedieron. No parecían temerle a la Muerte, con tal de proteger lo que era del templo.

Pero ni el más esforzado valor, ni la voluntad más férrea, pueden contra las mortales descargas de unas armas como las que manejaban los dos hombres de negros ropajes. Y pronto el suelo del templo quedó sembrado de cuerpos ensangrentados, sin vida unos, malheridos los otros.

Y, sobre todo ello, se alzaba, dominante, el tableteo siniestro, las ráfagas ininterrumpidas de las metralletas, repartiendo muerte a diestro y siniestro, haciendo retroceder a los hombres de la serpiente alada en el pecho, que debían parapetarse tras lo que encontraban, para no caer pronto y poder seguir en sus intentos.

Y los dos hombres, sudorosos, con los corazones brincando en sus pechos como potros salvajes, lograban abrirse camino de aquella manera. Corrían, buscando la salida, y lo que hacían era encontrarse de frente con más sectistas, que no dudaban ni un momento en eliminar, pues no retrocedían ante la visión de las armas.

Por fin, la encontraron. Docenas de cuerpos, de cadáveres con la cabeza rapada y el torso desnudo, se amontonaban allí. Y, al otro lado, ya fuera de la pagoda, más luchadores de aquella extraña religión, intentando llegar con sus manos, con sus pies, hasta los extranjeros.

Uno de ellos lo consiguió, alcanzando con su mano extendida la nuca de un hombre de negro, martilleando después su mandíbula con su pie izquierdo, disparado con fuerza inaudita, consiguiendo que se desplomase, inconsciente, quizá a punto de morir. Pero una ráfaga de metralleta también acabó con la vida del valiente luchador, que, alcanzado, saltó grotescamente hacia atrás, para acabar tendido en extraña postura.

—¡Vámonos de aquí! —rugió el jefe del grupo—. Mark, ve al vehículo con las joyas y espéranos. Te cubriremos.

El aludido no se hizo repetir la orden. Salió corriendo todo lo rápido que le permitían sus piernas y el peso de los sacos, protegido por los incesantes disparos de sus compañeros.

Algunos minutos después, ya alejados de la pagoda y con la distancia como mayor aliado, los otros dos tipos de negro llegaban hasta donde debían hallarse un par de *jeeps,* con los que habían llegado hasta aquel remoto, perdido lugar dentro de la República Popular China.

Pero, para su sorpresa, allí solo había un *jeep.* Y el joven Mark no estaba.

Incrédulos, vieron las huellas del vehículo, alejándose de allí. En el interior del otro, estaba uno de los dos sacos que habían conseguido como botín. El otro se lo había llevado Mark, traicionándoles, llevándose la mejor parte.

Furiosos, encolerizados, fueron en su busca, dejando atrás, muy atrás, perdido ya en la lejanía, el templo que, aquella noche, ellos habían cubierto de sangre y horror, tras cometer el sacrilegio de hollarlo.

CAPÍTULO II

BUDOKAS

Londres era un gigantesco monstruo dormido, brumoso y sombrío en medio de la noche. Desde luego, en nada se parecía a los inmensos, límpidos horizontes asiáticos. Y en nada recordaba a un lejano, olvidado y remoto trozo de tierra en China, perdido en aquel gran país, donde se ocultaba una extraña pagoda.

Todo eso parecía carecer de sentido allí, en las fronteras mismas de la vieja Europa, en las islas de Su Graciosa Majestad. En aquel Londres cosmopolita y húmedo, lleno de *smog* y, por raro que parezca en nuestra sociedad consumista y frenética, de una extraña flema que ya ha dado en llamarse «británica», esas cosas estaban demasiado lejanas.

La única muestra de exotismo chino era, allí, los numerosos restaurantes orientales que llenan la ciudad. Lo demás, ni siquiera interesaba al británico, xenófobo por naturaleza, orgullo de su historia, de la gloriosa historia de un Imperio… convertido en cenizas, que todavía defendía incluso con la sangre, si era necesario.

Naturalmente, lo ocurrido allí no quitaba el sueño a nadie, pues tampoco se había hecho público. Ni siquiera los propios chinos lo sabían.

¿O quizá sí?

¿Quién podía saberlo?

Desde luego, no aquella muchacha que caminaba, confiada, incluso sonriente, como hacía siempre, por las calles londinenses. Ella no sabía nada de aquel asunto.

¿Por qué tenía que saberlo?

El *Kami* había quedado atrás, invisible ya su cartel luminoso para la joven de rubios, ondulados cabellos, que, vestida con cierta elegancia y portando colgada de su hombro una bolsa de deporte, parecía a punto de silbar, pese a que estaba cansada, muy cansada. Incluso acalorada.

El entrenamiento había sido agotador aquella tarde. Quizá porque ya fue cansada al gimnasio y no se encontraba en condiciones de soportar como siempre la dureza de las clases.

Pero lo cierto era que, aunque cansada, se sentía feliz, relajada, tranquila… Había encontrado en el *Kami* lo que nunca creyó hallar antes: reposo, tranquilidad… Ahora su mente estaba clara. Sabía perfectamente lo que quería.

Había encontrado su *Do,* su *Camino,* por fin…

Antes, ni siquiera pensaba en ello, se dejaba arrastrar por la inexorable marea, por el continuo reflujo de la sociedad, sin darle demasiada importancia a ciertas cosas que, como a los demás, la sonaba a disparates.

Pero, ahora…

Ahora era diferente. Quería ser feliz, estar siempre en paz consigo misma y con sus semejantes, sonreírle a la Vida, amar… como nunca había amado, a todo y a todos. Quería seguir flotando en aquel supremo éxtasis, en aquel mar de felicidad en que se había sumergido de pronto.

Y todo ello, gracias a aquel hombre. A su profesor. Su *Sensei…*

Donald Halloway…

Evocó su figura, su rostro duro y curtido, sus ojos acerados, penetrantes, su gesto sonriente, a veces hosco e impenetrable, sus rubios cabellos… Se recreó mentalmente en la contemplación de sus músculos de luchador, apenas vislumbrados en algunas ocasiones, cuando, por el calor, se despojaba del *Karategi,* durante el escaso tiempo que llevaba en el *Kami* aprendiendo *Karate.*

Suspiró, entornando los ojos como en un ensueño. Había oído tantas cosas increíbles sobre aquel hombre… Quedaba fascinada solo con pensar en él.

Podía creer perfectamente todo lo que decían sobre él. Era uno de esos hombres que parecen capaces de todo. Como cualquiera de los ídolos cinematográficos que existen…

¿Por qué no podía ser cierto que, antes de entrar en *Kami,* fuera un aventurero, un héroe incluso, en ocasiones? ¿O que se hubiera enfrentado, no mucho tiempo atrás, con un *Ninja?* ¿O, retrocediendo menos en el tiempo, contra un asesino profesional apodado *La Serpiente*? Todos sus alumnos afirmaban que aquello era cierto, que más de una vez ocurrieron cosas así incluso en el gimnasio. Pero sus amistades no querían creerlo, no estaban dispuestas a admitir nada de eso[1].

Pues, bien… ¡Ellas se lo perdían!

Caminó con resolución por las calles. De vez en cuando, algún automóvil pasaba por allí, arrancándola de sus pensamientos, devolviéndola a la realidad. Pero enseguida volvía a los bellos parajes de sus ilusiones, de sus alegrías.

Había llovido aquella tarde en Londres, como ya parecía habitual en las brumosas islas y sobre todo en la capital británica, por su proximidad al Támesis. Pero ya los cielos se habían aclarado, aunque seguía siendo difícil ver las estrellas por el espejo «puré de guisantes» que se había cernido como una lapa a la ciudad.

El asfalto, húmedo, tenía reflejos charolados por las farolas encendidas, globos de luz en medio de la niebla.

Sonrió.

El *Karate* se había convertido para ella en una nueva ilusión, en algo casi divino, que podía ayudarla a encontrarse a sí misma, a tener más confianza, tras el duro golpe que sufriera meses antes, cuando su prometido le abandonó. Entonces, se creyó morir. ¡Le quería tanto…! Pero ahora veía hasta dónde puede llegar el autocontrol.

Bien enfocado, podía hacer maravillas; ese era uno de los más grandes hitos del *Zen,* de la disciplina filosófica que constituye la base del auténtico *budoka. Y,* por tanto, del *Karate.*

No solo podía aislar el dolor físico, convirtiéndolo en algo casi inexistente, como bien demostró numerosas veces su *Sensei,* destrozando ladrillos a base de puñetazos, sino que incluso podía amortiguar los dolores del alma, hasta casi hacerlos desaparecer.

¿O acaso era una ilusión?

No importaba. Lo único real era que logró sobreponerse a su *shock* emocional y se encontraba bien, con nuevas fuerzas, con más voluntad…

Siguió caminando, con paso tranquilo, mesurado. Todo era silencio en torno suyo, en la ciudad de Londres.

Al menos, eso creía ella.

Le vio de pronto, plantado en medio de la acera, erguido justo ante ella, mirándola. Como si la estuviese esperando…

Era un hombre, un individuo alto y fornido, bien trajeado pero con mala catadura. La joven lo supo enseguida, nada más ver su cara, su gesto serio, ceñudo…

Vaciló, dudando entre seguir o dar la vuelta, en un acto puramente instintivo. Se dijo a sí misma que aquello era una idiotez y, tragando saliva con dificultad, siguió adelante. Mientras lo hacía sintió un escalofrío al descubrir que aquel hombre *la estaba mirando.*

Intentó no pensar en ello, continuar con las agradables reflexiones de antes. Pero no lo consiguió. En su pecho, el corazón bombeó sangre con más fuerza, excitado por una súbita secreción de adrenalina.

Rígida, tensa, procurando no mirar a aquel individuo, continuó su camino, abandonando la acera para, después de sortear unos cuantos automóviles aparcados, continuar por la calzada, forzando algo la marcha, contra su voluntad.

Y entonces, la voz del hombre llegó hasta ella, sobresaltándola:

—¿Señorita Spacek?

No había motivos para sobresaltarse, pensó la joven, intentando tranquilizarse. La pregunta, aunque incomprensible en labios de un desconocido y a aquellas horas de la noche, no había sido brusca. Ni, por supuesto, con acento desagradable. Al contrario.

Ella le miró de nuevo. Estaban casi a la misma altura y el hombre venía hacia allí, sin sonreír a pesar de todo.

—Sí, soy yo —respondió, con voz algo quebrada por aquellos breves instantes de tensión—. Pero…

Se volvió al oír pasos tras ella. Su corazón dio un vuelco al ver cómo otro tipo de parecido aspecto al que se acercaba a ella, venía por detrás. De pronto, en su pecho se desató el miedo.

—Queremos hablar con usted, señorita Spacek —dijo el primero, mientras ella contemplaba como alucinada a los dos, casi temblando—. Solo será un momento… No se ponga nerviosa.

Ella tragó saliva de nuevo. Intentó recordar las enseñanzas de su *Sensei* respecto al combate callejero. Los dos individuos se acercaban cada vez más.

Se tranquilizó, relajándose. Era tan difícil conseguirlo…

Ella era una alumna aventajada, se había dedicado en aquellos meses por entero al *Karate* y era una seria aspirante al cinturón azul. Con mucha suerte, y aplicando alguna de las técnicas que ahora empezaban a atropellarse en su cerebro, podía desembarazarse de ellos durante unos instantes y salir corriendo.

Pero las cosas no siempre son tan fáciles como parecen. Sobre todo, cuando los supuestos adversarios son tan corpulentos y fuertes como aquellos.

Porque sus intenciones, a primera vista, no parecían ser demasiado buenas, de eso estaba segura. Podía equivocarse, naturalmente, pero algo parecía decirla que no era así.

Y a esa primera impresión, se unió lo que siguió después, cuando la mano de uno de aquellos personajes se cerró sobre la muñeca derecha de la joven, con fuerza.

—Solo serán unas preguntas —añadió el hombre, sujetándola—. Y usted las responderá, naturalmente…

Ya todo estaba lo suficiente claro. No había por qué esperar más.

Reunió todo su valor en ese instante para librarse de aquella mano. Y tiró con fuerza hacia arriba y a la izquierda, retorciendo la muñeca con un brusco movimiento, tal como la enseñara Donald Halloway. Su mano quedó libre, y a la altura de su hombro izquierdo, como preparada para efectuar un innecesario *Gedan-Barai.* Pero, entonces, y sin parar, su puño, cerrado, se disparó con toda la fuerza de que era capaz, alcanzando en un *Tettsui-Ganmen-Uchi* o golpe con el dorso del puño la oreja derecha del hombre, que gimió, dolorido.

Un rodillazo en la entrepierna le hizo rodar por el asfalto como alcanzado por un rayo, con un mugido de toro herido, revolcándose.

No había sido difícil librarse de aquel, se dijo la joven. Pero al otro sería difícil vencerle, prevenido como estaba, y aprovechó aquellos momentos de indecisión y asombro para salir corriendo a toda pastilla.

Pero, para desgracia suya, estaba demasiado cansada para aguantar demasiado. Sus piernas, agotadas, se negaban dolorosamente a obedecer, a forzar la velocidad. Y el otro hombre corría como un demonio, tratando de darle alcance. Oía el chapoteo sordo de sus pies en el mojado asfalto, a sus espaldas.

La atrapó, tirando brutalmente de su ondulado pelo. Ella emitió un grito sofocado, mientras aquel hombre la agarraba sin ningún cuidado por la barbilla, haciéndole daño.

—Estúpida… —jadeó él, tirándola al suelo—. Si sigues así, empeorarás las cosas… Lo único que queremos es que nos digas dónde está tu prometido, maldita seas. Y nos lo vas a decir, quieras o no.

Horrorizada, tirada en el asfalto, mojadas sus ropas, vio cómo su cazador sacaba algo de un bolsillo y lo colocaba en su mano, metiendo los dedos en su interior. Reconoció aquel arma en el acto, con un repeluzno. Era un «puño de acero», que cubría las falanges con su estructura de metal para protegerlas, capaz de convertir su rostro en un sanguinolento amasijo con unos cuantos golpes.

El hombre se sentó sobre ella, inmovilizando sus piernas, evitando sus manos, ahora peligrosas zarpas con uñas afiladas y esmaltadas en rojo, con la siniestra, para presionar con su mortal puño en la sien de la mujer, que chilló con toda la fuerza de que era capaz, solo para encontrar cortado su grito de pronto por unos dedos poderosos, que apretaron su terso cuello.

—Déje… me —balbuceó, ahogada—. No… No sé dónde está… Mark… Lo juro…

—¿De verdad? —oyó la voz del tipo al que derribara, no muy lejos. Le vio, con el rostro crispado por el dolor—. Entonces… ¿Quién te dio esa pulsera que llevas?

Su compañero cayó en el detalle y cogió su diestra. Era cierto. Una pulsera singular, exótica, rodeaba su muñeca. La sacó de un tirón para verla mejor, produciendo algunos cortes superficiales, que pronto se tiñeron de sangre, en la mano de la joven.

—Es cierto —silabeó el hombre, mirando furioso a la chica—. Esto solo pudo dártelo tu prometido. ¿Dónde está?

—No… No lo sé —sollozó ella—. Es cierto, créanme… Se fue, sin decirme nada…

—¿Sí? —sonrió con ironía su atacante—. Veremos si respondes lo mismo después de ablandarte la cara con un par de bofetadas…

Y se dispuso a golpearla, de revés. La joven, aterro— rizada, vio el destello del puño de metal, ante su rostro, a punto de bajar.

—Si hace eso, me parece que esto acabará mal, amigo mío…

Se volvieron los dos hombres, al oír aquellas duras palabras a sus espaldas. Dos figuras nuevas habían aparecido entre la niebla, sin ningún

ruido, y ahora estaban en pie, observando la escena, a poca distancia de ellos.

El sujeto que permanecía en pie soltó una maldición, hundió la diestra en su chaqueta, a la altura de la axila, y sacó un revólver. Apuntó a los recién llegados, al hombre y a la mujer que parecían surgidos de la nada y que se limitaron a sonreír, como divertidos.

—*¡Sensei!* —gritó la joven, todavía apresada por los fuertes brazos de su atacante, al reconocer al alto personaje de rubios cabellos y complexión atlética que, acompañado por una de sus alumnas, una morena belleza oriental, había aparecido en el momento adecuado—. ¡Socorro, *Sensei!*

Los dedos forrados de metal no se estrellaron contra su cara. Se detuvieron en el aire, cuando su dueño miró a los aparecidos con una mezcla de sorpresa y de rencor.

—¿Qué dice esa imbécil? —gruñó el del revólver, amartillando el arma —. ¿Acaso conoce a estos tipos?

—Sí, nos conoce —asintió el hombre rubio, sin dejar de sonreír, como su amiga oriental—. Somos amigos de la señorita Spacek. Y eso equivale a decir que no nos quedaremos con los brazos cruzados viendo cómo la lastiman.

—Nuestra amistad nos obliga —se encogió de hombros la mujer de pelo negro y ojos almendrados—. Lo sentimos.

El tipo que les apuntaba frunció el ceño y miró a ambos, como temiendo que se estuvieran burlando de él.

—¡Ocúpate de ellos, maldita sea! —rugió su compañero, forcejeando con la rubia *karateka*, que al ver a los dos personajes parecía haber recuperado las fuerzas—. ¡Estamos perdiendo demasiado tiempo!

Hombre y mujer vieron la sonrisa satisfecha del criminal. Supieron que no abrigaba buenas intenciones, precisamente.

Por eso, actuaron.

Con rapidez, al unísono, como perfectas máquinas de combate preparadas contra cualquier contingencia.

Su contrincante ni siquiera pudo imaginar un ataque tan veloz, tan preciso. No esperaba aquello, al parecer. No sospechaba hasta dónde podrían llegar las habilidades de la pareja.

Ese fue su error. Un error que aprovecharon ambos luchadores.

Porque eran luchadores, de eso no cabía duda. *Budokas,* para ser más precisos. Los dos.

El revólver escapó de los lastimados dedos de su dueño, después del preciso, contundente *Mae-Geri-Chudan* del hombre, que la hizo volar antes de que su oponente se diese cuenta.

Antes incluso de que el pie proyectado tocase el suelo de nuevo, entró en acción del alcanzado, que retrocedió con un bufido, intentando

defenderse inútilmente.

Después, en un nuevo juego de pies espectacular, mientras el otro trataba de recuperarse de los golpes recibidos, todo se acabó. Su cuerpo todo se elevó, como desprovisto de peso, girando en el aire, en un salto increíble. Y su pierna derecha, mientras giraba, golpeó demoledora, fulminante, terrible, en aquella *Ushiro-Mawashi-Tobi-Geri,* que dejó *K.O.* al otro hombre, derrumbándose como un saco de patatas.

Mientras tenía lugar todo aquello, que apenas duró unos segundos, el otro hombre se levantó, como impulsado por la sorpresa más absoluta, viendo con incredulidad la estrepitosa caída de su compañero. Pero no pudo intentar nada. La mujer oriental saltaba en aquel mismo momento, en un brinco escalofriante, casi imposible de imaginar para un, cuerpo tan menudo, con la diestra proyectada hacia el criminal. De su garganta, de todos sus músculos, brotó aquel grito ronco, increíble, verdadero alarde de potencia física, que era el *Kiai.*

—¡¡EEEeeeeoooooOOOO AAA AA A A…!!

El impacto fue terrible. Le envió volando por encima del cuerpo tembloroso de la que antes fue su presa, para rodar después por el suelo asfaltado, como un pelele. Pero no inconsciente.

Se levantó, tambaleante, mirando con odio a la joven japonesa, que le esperaba, en posición de guardia, con las manos engarfiadas en el aire, como terroríficas zarpas que no solo podían arañar, sino también aferrar con fuerza.

Su rubio acompañante no intervino. Se acercó a la joven que, aún desde el suelo, miraba el singular combate.

El hombre intentó golpear a la nipona con su «puño de acero», solo para encontrar el aire, al esquivar su furioso ataque la mujer, que machacó al mismo tiempo su hígado con *Shita-Tsuki.* Y remachó su victoria con una precisa técnica de *Judo,* conocida como *O Soto Gari* entre los luchadores de este Arte Marcial[2].

El hombre dio con su cuerpo en tierra, golpeando el suelo con su espalda. No sabía caer como un *judoca,* era evidente, y el golpe sirvió para conmocionarle.

—Bien —sonrió la japonesa, volviéndose hacia su compañero—, ya está. No molestará más.

Miró a la otra mujer, que ya se levantaba, con algunas lágrimas todavía en sus mejillas, fruto del miedo que había pasado, que se apresuró a secar con el dorso de su mano.

—¿Te encuentras bien, Setena? —se interesó Halloway, ayudándola a mantenerse en pie, pues parecía a punto de caer de nuevo.

—Sí, sí… —se apresuró a contestar, forzando una sonrisa—. Estoy bien. Solo… Solo un poco aturdida.

—Esos tipos ya no están en condiciones de volver a meterse contigo —sonrió el *karateka,* mirando a los dos individuos—. Así que no debes temer nada. ¿Qué es lo que querían?

—No lo sé —sacudió ella la cabeza—. Querían… saber dónde está Mark, un antiguo novio mío. Yo… les dije que no lo sabía, pero no quisieron creerme.

—Tranquila —frunció el ceño Donald Halloway—. No importa ya. Podemos llevarte a casa, si lo deseas. ¿O prefieres denunciar esto a la policía?

—Sí —asintió Selena vivamente—. Sí, lo haré… Pero desde casa. Estoy… muy cansada.

—Sabia decisión —rio el joven—. Entonces, no hablemos más. Pero… también puedo buscar al *bobbie que* hace la ronda por esta zona, y habrá menos posibilidades de que se escapen estos tipos.

—Hazlo, entonces —accedió Keisho Ozawa, su alumna nipona—. Yo la llevaré hasta su casa. Nos veremos luego.

Donald se marchó, perdiéndose en la niebla. Las dos mujeres quedaron solas, en pie junto a los dos inconscientes atacantes.

—¿Se… Se marcha? —jadeó Selena, observando cómo el *Yondan* desaparecía entre las brumas—. ¿Por qué?

—Va a buscar a la *Police* —sonrió Keisho, inclinándose para coger el revólver que seguía tirado en el mojado y brillante asfalto—. Pero no te preocupes. Aunque se despertasen, no son enemigos de cuidado. Se caen por su propio peso.

Y no pudo evitar una risita, recordando que ese, precisamente, era uno de los principios del *Judo:* vencer al adversario con su propia fuerza. Mientras, cacheó a los dos derribados, sin encontrar más armas, salvo el «puño de acero» del otro, que rápidamente arrebató, dejándolo a otro lado de la calzada, como la pistola.

—Bien, Selena —suspiró después, cogiéndola del brazo jovialmente—. Aquí ya no hacemos nada.

* * *

Era un pisito acogedor el de Selena Spacek, no muy alejado del gimnasio. Estaba decorado con buen gusto, sin exceso de muebles que hubiesen estropeado su aspecto y limitado su espacio. Tenía amplios ventanales en el comedor, por los que en aquellos momentos se notaba la claridad de las farolas en la calle.

—Es muy bonito —alegó la japonesa, contemplándolo todo con innata curiosidad—. Y cómodo. Se parece al de Donald…

—¿Donald? —se sorprendió la rubia, mirando a Keisho—. ¿Él y tú…

os tuteáis?

—Fuera del *Tatami,* sí —asintió la morena oriental—. Dentro, no… En el *Tatami,* soy una alumna más, una de sus discípulas. Y debo llamarle «*Sensei*», como los demás.

—¿Y fuera? —preguntó Selena, mientras se despojaba de sus ropas, quedando en prendas íntimas, y se colocaba una bata.

—¿Fuera? No entiendo.

—Sí, mujer —sonrió con picardía, y también con cierta ironía, la joven —. ¿Qué sois… fuera del *Tatami*?

—Buenos amigos —sonrió la japonesa—. Somos amigos desde hace bastante tiempo.

—Sí, algo de eso había oído —suspiró Selena, procurando dar la espalda a la asiática con la excusa de dirigirse hasta donde se hallaban las bebidas. Keisho no captó el brillo de desprecio en sus pupilas—. ¿Quieres algo?

—No, gracias —rehusó Keisho—. Nunca bebo más que agua o zumos de frutas. Mi condición física me lo impone. Además, debo irme ya. Me están esperando.

—¿Halloway?

A la morena oriental el súbito respingo de la británica, el leve enfado que parecía latente en su voz, no la pasaron desapercibidos.

—Pues… sí —respondió, sin pensar ni siquiera en la posibilidad de mentir—. Supongo que ya habrá denunciado el asalto y la policía se habrá ocupado de aquellos criminales. Por cierto, creo que esto es tuyo.

Y, sin añadir más, tendió a la joven una exótica, fantástica pulsera que parecía una serpiente alada, enroscada sobre sí misma, con detalles orientales. Una auténtica obra de arte de la orfebrería, sin duda china.

—Lo encontró cerca del tipo que quería golpearte —añadió la nipona —. Supongo que es tuyo.

—Sí, lo es —gruñó Selena, cogiendo la pulsera—. Gracias… Y adiós. Si alguna vez necesitas mi ayuda…

Keisho hizo un gesto de agradecimiento, mientras se decía mentalmente que eran palabras huecas. No sabía la razón, pero no había caído simpática a Selena, pese a lo sucedido.

—Olvídalo —sonrió, a pesar de ello—. Forma parte del código moral de un *budoka* tender su ayuda desinteresada al que lo necesita. No nos debes nada. Ni a mí, ni a Donald…

Y, tras sus altruistas palabras, se despidió, inclinando la cabeza, para salir después, cruzando la puerta, perdiéndose escaleras abajo. Selena cerró la puerta y apoyó su espalda en ella. Rechinaron sus dientes blanquísimos.

—«No nos debes nada —repitió, burlándose, enfadada—, ni a mí, ni a Donald…» ¡Estúpida japonesa!

Cerró los ojos. Suspiró, a punto de llorar.

—Entonces… es cierto. Halloway se acuesta con esa maldita oriental… Pero… ¿Cómo es posible?

CAPÍTULO III

EL GATO

—¿Cómo es posible, Donald? ¿Por qué esos hombres han mentido?

Donald Halloway se encogió de hombros, sentado como estaba en un cómodo sillón, mirando a su amante japonesa.

—No lo sé, mi pequeña Keisho —suspiró, cansado—. Yo tampoco entiendo nada de ese asunto. Pero lo cierto es que ese par de bribones aceptaron la responsabilidad de su asalto.

—Pero mintiendo —se quejó la nipona—. Ellos no estaban robando a Setena Spacek, como han declarado.

—Entonces… ¿Qué hacían?

—Pues… Tú mismo lo viste. Querían golpearla. Preguntaban por su ex novio. Pero no intentaron robar nada.

—Sí, eso me pareció advertir a mí también —bostezó el *karateka,* cogiendo el telemando de su televisor y pulsando el botón que lo ponía en funcionamiento. La pantalla se iluminó, formándose en su interior la imagen de un locutor de la BBC por obra y gracia de la electrónica. Sus palabras, a bajo volumen, anunciaban lo acontecido durante el día en el mundo; es decir, asesinatos, atentados, guerras, tensión política… Lo de siempre—. Pero no podemos estar seguros. Lo estará, de todos modos, la policía, cuando Selena declare lo que realmente sucedió. Tú no debes preocuparte. Ni yo tampoco. Son cosas que no nos conciernen.

Keisho se sentó también, con una dulce sonrisa en sus exóticos labios, para depués abrazarse al joven profesor de *Karate*. Halloway sintió el cálido contacto de las delicadas, menudas formas, de la oriental, que le acarició sabiamente, como solo pueden hacer los de su raza, conocedores desde tiempo inmemorial de las zonas sensibles del cuerpo humano por el uso de la acupuntura.

—Sí, tienes razón, Donald… No pienso dejar que te metas de nuevo en problemas, que vuelvas a arriesgar tu vida. Deseo una vida tranquila a tu lado, sin sobresaltos, sin temores. Solo quiero ser feliz, como ahora lo soy…

Él la besó dulcemente, olvidando por completo que, desde más allá del vidrio del televisor, alguien parecía mirarles, aunque no les veía. Pero eso no importaba a la pareja. En absoluto.

* * *

Las brumas seguían sobre la *City* al día siguiente. El frío y húmedo clima de las islas perduraba, pese a estar ya muy avanzada la primavera, y los ingleses, estoicos, debían aguantar los rigores del mal tiempo hasta que este se decidiese a cambiar o ellos se tomasen unas vacaciones, aunque fuesen cortitas, hacia ambientes más agradables.

Por ahora, no parecía haber peligro de lluvia. Y eso ya era algo. Si además del frío y la niebla, lloviese, aquel día hubiese sido un auténtico infierno.

A pesar de todo, Donald Halloway decidió dar un paseo por la ciudad. Sin ningún objetivo concreto. Simplemente, tenía ganas de pasear un rato, de pensar, de estar solo… Todos tenemos momentos así, en que deseamos hacer lo mismo. Halloway no era una excepción.

Su vida no había sido todo lo buena que deseó. Desde el mismo momento en que decidió poner sus habilidades al servicio de los demás empezó a darse cuenta de lo amarga que podía ser una vida llena de aventuras cuando, llevando en las manos la bandera de la Paz y la Justicia, te das cuenta de que eso no son más que palabras.

A veces, es duro saber que aquello por lo que luchas es solo una utopía inalcanzable, en lugar de una realidad. Y, sin embargo, a pesar de todo, a pesar de todos, sigues luchando por ello.

Eso le había sucedido a Donald Halloway, *budoka* desde los dieciséis años, luchador y aventurero, que quiso usar la fuerza de sus ideales, el valor de su disciplina, para ayudar al mundo. Y lo único que consiguió fue convencerse a sí mismo de que aquella no era la mejor forma de conseguir un mundo mejor.

Hubo muertes, violencia, odio… Todo lo que rechaza el espíritu de un auténtico *budoka.* Y los años de paz que Halloway, el hombre que los sacerdotes *Zen* de *Shin-Ji* llamaban *Neko, p*asó en el Templo de la Verdad fueron sustituidos por la turbulencia de los años que le siguieron.

Y, ahora, por fin, después de todo aquello, veía el auténtico mensaje de las Artes Marciales, el sentido originario del *Budo,* que hasta entonces no supo captar en toda su plenitud, su verdadero *Do*, su *Vía Espiritual,* su camino…

Las Artes Marciales, el *Budo* japonés, no es una mera técnica de combate, un sistema de lucha eficaz y muy a menudo infalible. Es más que eso. Es toda una filosofía de vida, que ante todo busca la Paz como auténtico fin, que intenta sublimar la agresividad mediante el autocontrol, mediante la lógica fría y cerebral de la meditación.

Eso debía enseñar ahora a sus alumnos. Eso era lo que intentaba que comprendieran los demás, para lograr que esos ideales se extendiesen.

Era una lucha desde dentro la que él intentaba ahora. Usaba las Artes Marciales, como siempre, pero de distinta manera. En lugar de llevar la violencia para acabar con ella, prefería concienciar a los que pasasen por *Kami,* el gimnasio donde él ejercía, de la importancia transcendental de aquella filosofía en el mundo actual.

Así vivía feliz, junto a Keisho, la muchacha japonesa que se había convertido en su gran amor a través de una tragedia, la joven que daba ternura a una vida que antes siempre fue solitaria, que le ayudaba siempre. Y esa felicidad solo se vio truncada en dos ocasiones desde que la conoció.

Sin embargo, ya todo había terminado.

Miró en derredor. La gente tenía prisa a aquellas horas. Mucha prisa. El vértigo, la tensión, se mostraban en toda su crudeza ante el joven.

La mayoría de las personas entraban en sus respectivos trabajos en esos momentos. El *stress,* las prisas, los nervios, se hacían los dueños de la capital británica, invadiendo con inusitada rapidez los monstruosos dédalos de la metrópolis. E incluso el *subway,* el *underground* subterráneo que se llenaba a tope en las horas punta, bajo el coloso en actividad que ya era Londres.

Donald estaba por encima de todo eso. Para él no existían las prisas, ni el *stress*… No corría peligro de úlcera ni nada parecido. Bien era cierto que no hacía falta que se portase como los demás, con la preocupación de la hora siempre sobre los hombres, debido a que su empleo no lo requería. Pero, aunque fuera de otro modo, él se tomaba las cosas con calma.

Así debería hacer todo el mundo…

Caminó tranquilo, apacible, perdido entre la mesa. La marea humana le llevaba, le arrastraba, en cierto modo.

Divertido, admiró las piernas, las bonitas figuras de las muchas mujeres que pasaban junto a él. No podía evitarlo, pensó con picardía. Y también se fijó en los rostros tensos, muchos de ellos cansados, casi adormilados, de los hombres.

No era un bonito panorama Londres a aquella hora, con la gente caminando como autómatas, medio dormidos, y el cielo encapotado. No. No lo era. Pero probablemente no lo era nunca, de todos modos.

Decidió entrar en un *pub* para desayunar algo. El que eligió, estaba casi vacío. Solo había una joven pareja, charlando, sentados en un reservado.

Cuando entró, la mujer le echó una mirada de admiración. Su estatura, sus músculos, vibrantes y duros bajo las ropas que los oprimían, sus cabellos dorados, brillantes a la luz del local, habían captado su atención. Seguro que no veía un hombre así todos los días…

Pidió algo caliente, que tomó enseguida, incómodo por las continuas miradas de la mujer, que no le quitaba los ojos de encima. Sus sentidos, más sensibilizados que los de un hombre normal, así se lo decían.

Permaneció allí durante unos instantes, frente al vaso antes lleno de humeante té y ahora vacío, mirándolo. Luego, pagó, marchándose a continuación.

Y fue al salir cuando la vio.

Pero sería mejor decir que ella le vio a él, pues él, abstraído como estaba, no pareció darse cuenta de la muchacha que se acercaba hacia allí. No se percató de que la conocía hasta que…

—*¡Sensei!*

La palabra retumbó en sus oídos al principio, como si no significase nada. Y, sin embargo, no era nada usual en Inglaterra. No solo porque fuese japonesa, sino por su significado. Nadie en el mundo occidental parece desear que otro sea su maestro, su *Sensei*.

Se volvió entonces. Y la vio. La reconoció.

—Selena… —sonrió, al distinguirla—. Hola…

Ella se acercó, sonriente, radiante. Con su juventud, con su belleza, con la innata elegancia de sus movimientos, acompasados, rítmicos, parecía una diosa caminando entre los mortales.

Se inclinó, igual que haría si estuviese en el *tatami,* frente al *Kanku,* el símbolo del *Karate.* Para ella, Donald Halloway era el *Karate.* Por eso saludaba, con *Sensei Ni Rei,* en *Fudo-Dachi,* sin importarla que estuviesen en plena calle.

Las personas que estaban cerca miraron a ambos, extrañados, sorprendidos en cierto modo. Y más lo estuvieron al oír el breve, monosilábico *Ous!* que salió de los labios de la joven *karateka.*

Donald Halloway no pudo contener una breve risita, mientras repetía lo que había comenzado Selena y devolvía el saludo. Después, se quedó mirando a su bella alumna.

—Buenos días, *Sensei* —saludó después como una occidental—. Me alegro de verle por aquí. Pero… ¿No es muy temprano para estar tan lejos de su casa?

—Estaba… dando un paseo, Selena. Me gusta hacerlo, de vez en cuando. No por el ejercicio, naturalmente. Ya hago mucho todos los días. Por despejarme, tan solo. O por el simple hecho de pasar el rato.

—Sí, yo también lo hago algunas veces —asintió su joven alumna—. No mucho, por desgracia. Pero también lo hago.

—¿Dónde ibas?

—A trabajar —respondió Selena, riendo—. Ciertas cosas, son inexorables para todos nosotros. El trabajo es una de ellas, seamos hombres o mujeres, humildes o pudientes. Yo, personalmente, trabajo a estas horas.

—Bueno… No me suelo preocupar por la vida de mis alumnos. Y menos, por su empleo. Lo único que me interesa son sus progresos en mis clases. Pero en tu caso haré una excepción. ¿Dónde trabajas?

—En una *boutique…* —sonrió ampliamente la joven—. En una gran *boutique,* añadiría. Soy una dependienta. Una más de las muchas que hay allí.

—Y, sin duda, la más bonita… ¿No es así?

—Eso lo ha dicho usted —rio de nuevo ella—. No yo. Pero estoy segura de que no es así.

—Eso lo ha dicho usted… No yo… No conozco a las demás, pero no puedo concebir que las haya más bonitas.

Ella rio una vez más, halagada.

—Me adula, *Sensei…* —dijo, mirándole profundamente—. Y eso puede ser peligroso para una jovencita desvalida como yo. Me habían advertido de su simpatía y encanto personal. Pero jamás creí que llegase a tanto.

—Ahora eres tú quien me adula a mí. Y demasiado, pienso. Solo trato de caer simpático a mis alumnos, para que continúen en mis clases. Sin ellos, yo no podría pegarme la gran vida.

La joven no rio esta vez. En lugar de eso, pareció taladrar con sus ojos la mente del joven *Yondan* de *Karate*[3].

—Yo no creo que usted piense así —negó con la cabeza, comenzando a caminar—. Usted no es como los demás. Le importa un rábano el dinero. ¿Me acompaña?

—¿A la *boutique?*

—Sí… ¿No quería pasear? Hay un buen trecho hasta donde yo trabajo. Podemos disfrutar, mientras tanto, de la mutua compañía.

Halloway la siguió, caminando a su lado por las frecuentadas calles de Londres, con el murmullo de los cientos de pisadas y el rugido sordo de los automóviles pasando veloces, como telón de fondo.

—¿Disfruta usted en mi compañía? —pareció sorprendido el *budoka,* aunque con cierta sorna flotando en su voz—. Parece mentira…

—¿Por qué?

Ella alzó la vista, sorprendida.

—Mucha gente no opina lo mismo de mí —rio entre dientes el *budoka* —. Aunque le parezca increíble, existen personas que me tienen un odio mortal. Ellos no creo que compartan su opinión respecto a mí.

—Sí, lo sé… Algo había oído sobre eso.

Esta vez el sorprendido fue Donald Halloway. Miró con estupor a la joven.

—Vaya… ¿De verdad?

—Se oyen muchas cosas en el vestuario de un gimnasio —aseguró Selena—. Y, bajo las duchas, más aún…

—Así que habláis de mí en las duchas —se sorprendió aún más Halloway—. ¿Bien o mal?

Seguían caminando, dejando atrás edificios y más edificios, entre el

torbellino multicolor de los carteles en las fachadas, anunciando productos o establecimientos. La ciudad toda ya era un maremágnum de confusión, de voces, de ruidos…

—Bien, por supuesto… —oyó la cantarina risa de la joven Selena por encima de todo lo demás—. No se podría hablar mejor de una persona. Además… usted no parece tener nada que se pueda criticar.

—No lo creas, muchacha —suspiró Donald—. Nadie es perfecto. Ni siquiera un *budoka.* Y yo tampoco, por supuesto. Quizá vosotros, mis alumnos, no hayáis visto aún todo lo que hay de negativo en mí, pero eso no quiere decir que carezca de ello. Hay quién sí lo ha descubierto.

—¿Quién?

—Los que me conocen bien —sonrió, encogiéndose de hombros—. Mis amigos íntimos, mi hermana… Y Keisho…

—¿Keisho…?

La voz de Selena Spacek salió ronca, extraña. Pero Donald Halloway no le concedió demasiada importancia a aquel hecho.

—Somos… muy buenos amigos… Me conoce mejor que yo mismo. A veces pienso que demasiado. Es una chica encantadora… ¿Verdad?

—Sí… —musitó ella—. Sí… Pero… No sé… Es japonesa… ¿No es cierto?

—Sí, claro… —aseguró Donald, mientras caminaban. Tenía las manos hundidas en los bolsillos de su negra cazadora. Miró de reojo a su acompañante—. ¿Importa eso?

—Bueno, creo que… No, claro. Lo que sucede es que… no creí que un occidental pudiera tener relaciones con…

—¿Con una oriental? —El *budoka* se detuvo. En su rostro se reflejaba la decepción—. Eso se llama… racismo. ¿Lo sabías?

—Oh, no… —rio, algo nerviosa, su alumna, bajando la mirada—. Yo no soy racista. Creo que todos los seres humanos somos iguales. Pero…

—Pero no hasta el punto de que existan relaciones sexuales entre seres de diferente color… ¿No es así? —su gesto no reflejó enfado en ningún momento. Sabía guardar sus emociones—. Ese no es el *camino,* Selena. Ese no es el mensaje que te he estado dando durante todo este tiempo. Y me apena que no hayas sabido comprenderlo.

—*Sensei…* —ella enrojeció vivamente, avergonzada—. Yo…

—Sí, Selena… Quizás tú tienes razón, y no debería haber contacto entre razas diferentes —comentó Donald, con tranquilidad—. Quizá yo, y los que piensan como yo, estemos equivocados. Pero, créeme, soy feliz estándolo. Y eso es lo que importa.

—*Sensei…* —Selena abrió mucho los ojos, para mirarle como alucinada —. ¿Quiere decir que… la ama?

—Sí —cabeceó enérgicamente el hombre—. ¿Por qué no había de

amarla? Pero creo que esta conversación está yendo demasiado lejos. Será mejor que nos despidamos y…

—¡No!

Selena se aferró a su brazo con fuerza, clavando sus esmaltadas uñas en el enlutado cuero de su cazadora. Hombre y mujer se miraron durante unos instantes, sin comprenderse mutuamente.

—Por favor, *Sensei… —susurró* ella—. No se marche… Acompáñeme. Dejemos ese tema y sigamos juntos. No quisiera que se marchase así, enfadado.

—No estoy enfadado. Selena —negó el *karateka* con lentitud—. En absoluto. Solo decepcionado. Pensaba que mis alumnos serían más liberales respecto a temas como ese. Pero veo que me equivoqué.

—Lo siento… No debí meterme en su vida privada. Tiene usted razón…

—Ese razonamiento no lo considero válido, Selena —volvió a negar el *Yondan*—. Mi vida privada no tiene nada de lo que yo deba avergonzarme. Está abierta a todo el mundo. No es ningún secreto para nadie que Keisho y yo vivimos juntos desde hace muchos meses. Como tampoco es ningún secreto nada en mi vida, porque nunca me he avergonzado de ella.

—Hablemos de eso, *Sensei…* —una sonrisa tímida asomó a su rostro todavía con señales de rubor—. Continuemos caminando o se me hará tarde. Y hábleme de usted.

—Lo que quieras. Olvidaremos lo anterior —suspiró Donald, mientras reanudaban la marcha, sin prisas—. Si quieres conocer mejor a tu profesor, sea. Satisfaré tus deseos. ¿Qué quieres saber?

—Todo —la sonrisa se acentuó. El tinte escarlata de sus mejillas desapareció del todo—. ¿Son ciertas las cosas que cuentan de usted?

—¿Y qué es lo que cuentan de mí? —pareció extrañado inicialmente el *karateka.* Pero después estuvo a punto de reír—. Olvídalo. Lo imagino. Te habrán contado maravillas sobre mí, proezas sin cuento a lo largo y ancho del globo, en lucha contra el crimen y la injusticia, en las que yo parezco un héroe de *comic,* siempre altruista y dispuesto a lucha por lo que considero justo. Y seguramente te habrán dicho que todas esas historias las conté yo en algunas ocasiones, para hacer más amenas las clases, después de un duro entrenamiento… ¿No es así?

—Pues… sí —el rostro de Selena reflejó confusión al decirlo—. ¿Eran todo mentiras, acaso?

—¡Por supuesto que no! —fingió ofenderse el joven—. Yo no suelo mentir, pequeña. Todas esas historias son verdad. Yo las viví. Y quizá algún día me decida a escribirlas, en forma de novelas. Sí, quizá…

—¿Por qué no lo ha hecho? Si solo son la mitad de lo que he oído, alcanzaría un gran éxito. Sobre todo, teniendo en cuenta que fueron

realidad y que están contadas por el hombre que las protagonizó.

—No se me ocurrió, sencillamente —se encogió de hombros el *karateka.* Ya todo parecía olvidado—. Pero quizá lo haga. Tengo todo el día libre. Nadie mejor que yo para hacerlo.

—Me gustaría mucho que las escribiera —se ilusionó la joven—. Le aseguro que yo las compraría. Pero, entonces… ¿Es cierto… todo?

—Absolutamente todo —asintió Donald. La gente seguía pasando a su lado, indiferente, mientras cruzaban Rillington Place—. Algún día te lo contaré todo con más detalles. Ahora no hay tiempo.

—¿Todavía se dedica a eso?

—No —el gesto de Donald, de pronto, se volvió sombrío—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno… Sus alumnos aseguran… que hace poco usted tuvo un par de altercados en *Kami*, mientras investigaba ciertos asuntos.

—También son ciertos, por desgracia —asintió pesadamente el *budoka,* con aire abatido—. Mis alumnos conocen solo algunos detalles, pues no quise hablar de ello. Solo saben que investigaba unas desapariciones y fui atacado por unos asesinos, dentro mismo del *tatami*, saliendo con vida gracias a la ayuda de un misterioso *Ninja.* Fue entonces cuando conocí a Keisho. Pero también murió mi mejor amigo.

—Lo siento…

—Después, hubo una serie de atentados contra mi vida, cuyo presunto autor era un asesino profesional apodado *La Serpiente*… Resultó ser una tapadera, para llevar a cabo una venganza sobre mi persona, que no tenía razón de ser. Al final, como bien dijera Shakespeare, todo fue silencio[4]. Y muerte. Espero no verme metido de nuevo en cosas parecidas. No son nada agradables, créeme.

—Por cierto… ¿Pasaste por la comisaría de Policía? Tienes que presentar formalmente la denuncia o esos indeseables estarán de nuevo en la calle dentro de unos días.

—Lo haré en cuanto salga del trabajo —aseguró ella—. Por cierto, ya estamos llegando.

Donald ni siquiera miró la colorida, pulcra, brillante fachada de la *boutique* donde trabajaba Selena.

—¿No sabes por qué te atacaron? —preguntó, interesado.

—No, te lo aseguro… —suspiró ella, quedando ante las encristaladas puertas del establecimiento. Tras los escaparates podían verse las rígidas, hieráticas formas de los maniquís, luciendo elegantes vestidos de raso brillante, de satén, abrigos de variadas pieles y sombreros de todos los tipos y gustos. Todos a precios exorbitantes, de infarto—. Ayer me pasé toda la noche pensando en ello. Y nada. Quizá solo querían robarme.

Donald apartó la vista de los escaparates, olvidándose por completo de

todo lo que significara moda, para volverse a Selena.

—Sí, eso han declarado ellos… Pero hay algo más.

Recuérdalo. Querían saber algo sobre tu ex prometido, un tal Mark.

—Mark Lonigan… —asintió Selena—. Un periodista americano. Fue mi novio durante algunos años. Pero me dejó hace unos meses, marchándose solo Dios sabe dónde.

—¿No ha vuelto a saber nada de él?

—No. La última vez que le vi fue cuando se despidió, diciéndome que era lo mejor para ambos, que quizá algún día lo entendiera. Desde entonces, no he tenido noticias de él. Fue un duro golpe, pero me sobrepuse. Le he olvidado casi por completo. Solo me queda un recuerdo suyo, que me lo regaló el mismo día que se marchó de mi vida.

Extendió su brazo, dejando libre de la prisión que era la gruesa manga del chaquetón que llevaba lo que quería enseñar a Halloway. A pesar de que la niebla cubría Londres, destelló el metal que rodeaba su muñeca. La serpiente alada parecía llena de vida allí, contagiado el frío metal por el calor vital de la muchacha.

Donald se quedó mirando la pulsera oriental. Por eso, quizá, no se dio cuenta de que alguien les vigilaba desde un Chevrolet negro, a no mucha distancia. Sus sentidos de luchador no le avisaron de que unos ojos fríos, inexpresivos, se clavaban en la valiosa pieza. Ni tampoco vio la sonrisa que cruzó el rostro de aquella persona.

* * *

—Donald… —Keisho le recibió con una sonrisa nada más entrar en el piso. Caminó hacia él, descalza como estaba, deslizando apenas los menudos pies por el suelo—. ¿Dónde has estado, gatito mío?

La mirada que le dirigió su *Sensei* fue de reproche. Pero no pudo evitar una sonrisa al verla vestida a la usanza oriental, con un *Kimono* de mujer, rojo, verde y amarillo, con dibujos adornando la suave tela, sobre su aceitunada piel.

—Te he dicho que no me llames así, maldita sea —aparentó irritarse el joven, sin demasiado éxito en su charada—. *Neko* era solo un apodo cariñoso de mis maestros, allá en Japón, en *Shin-ji.* No tiene por qué ser usado aquí[5].

—Pero, querido… Yo lo uso por lo mismo. No me negarás ese caprichito… ¿Verdad? Además, cada vez encuentro más apropiado ese nombre. Es verdad que te mueves como un auténtico gato. No haces ruido al caminar. Nunca. Y te comportas como un auténtico felino en tus reacciones. ¿No te habías dado cuenta?

—Sí —gruñó de mala gana el *karateka*—. Está bien, llámame como te

dé la gana. Después de todo, no hace ningún daño ese apelativo. Y, te lo confesaré, me gusta.

—No me has respondido, Donald… —siguió sonriendo la japonesa, mientras se colocaba de rodillas en el suelo, en la posición llamada *Seiza,* alzando su exótico, bellísimo rostro hacia su amante—. Me vi sola en el lecho y temí por ti.

—Estuve paseando, mi pequeña flor de loto —respondió Donald, acariciando la barbilla de la japonesa—. Lo necesitaba. Y me ha sentado bien. Muy bien. Después te contaré por qué.

—¿Y por qué no lo haces ahora?

—Porque estoy rompiendo el encanto de todo esto, cariño —susurró el *budoka*—. Y no quiero seguir haciéndolo por más tiempo. Antes, debo vestirme adecuadamente. Como tú.

Sin decir más, fue hacia el dormitorio. Abrió el armario, sacando un *Kimono* de vivos colores. Y procedió a desvestirse, tranquila, pausadamente.

—¿Por dónde pasaste? —le llegó la suave, acariciante voz de la nipona.

—Llegué hasta Rillington Place —respondió, sin pensárselo dos veces.

—¿Rillington Place… eso está muy lejos.

—Sí, olvidé decírtelo —sonrió el joven, mientras se despojaba de los pantalones—. Me encontré en el camino con Selena Spacek y fui con ella hasta donde trabaja. Fue una buena caminata. Pero descubrí cosas interesantes sobre esa chica, que no terminaron de gustarme.

—¿Selena…?

El tono de voz de Keisho le dijo que algo andaba mal. No oyó sus pasos. Pero supo que se había levantado y venía hacia la habitación.

No se equivocó. La vio entrar en silencio, plegados los labios, la mirada húmeda. No intentó cubrirse. Ni siquiera lo pensó. Era ridículo.

—Keisho… ¿Qué te sucede?

La japonesa no respondió. Se abrazó a él con fuerza. Con desesperación casi.

—Abrázame, Donald… —pidió casi patéticamente—. Por favor, abrázame… No me dejes sola… No me dejes.

Donald la abrazó. La llenó de caricias que la hicieron temblar. Pero no comprendió lo que sucedía.

Sin embargo, quizá inconscientemente, lo relacionó con Selena Spacek. Y era muy posible que, de súbito, hubiese sabido que también las mujeres de Oriente sienten celos.

Keisho, entonces, debía sentirse desgarrada si pensaba que otra mujer de piel más blanca intentaba arrebatarle su amor. Después de todo, ella seguía teniendo la piel amarilla. Y Donald, en cambio…

CAPÍTULO IV

ENEMIGOS SIN ROSTRO

El lugar no era, precisamente, un sitio vulgar. Ni mucho menos. Aquella amplia estancia de blancas paredes y suelo cubierto por una especie de duras, delgadas colchonetas de color verde, no tenía nada de vulgar o común. Cumplía una misión determinada.

El objeto que pendía del techo por gruesas cadenas, llamado *makiwara,* los *puching-balls,* las pesas de todos los tamaños, los espejos que cubrían una de sus paredes… Todo tenía allí una labor específica, que servía como complemento al verdadero propósito que se buscaba tras aquellas puertas pintadas al estilo oriental, con míticos guerreros de afilada *katana* en mano y máscara representando ídolos monstruosos adornándola. Dos palabras, en japonés, dos símbolos grabados en negro, parecían decirlo todo.

KARA TE.

Juntas, ambas palabras, formaban toda una idea que, para un verdadero *Karateka,* bastaba mirar la brillante, espejeante superficie de vidrio con un dibujo especial grabado en rojo, que podía verse en la pared, para comprender su significado.

Era el *Kanku.* La representación simbólica de todos los ideales del *Karateka,* que parecía mirar a la docena de personas de blanquísimo atavío que estaban allí, tumbados boca abajo en el *tatami,* sudorosos y casi al borde mismo del agotamiento, los músculos brillantes por la transpiración, la respiración jadeante.

Hombres y mujeres, en proporción desigual, seguían, pese a todo, haciendo gala de una voluntad indómita, admirable, el ritmo que el *Sensei,* desde el suelo, imitándolos, marcaba.

—*Ichi… Ni… San… Shi… Go… Roku… Shichi… Hachi… Ku… Ju…* ¡Otra vez! *Ichi… Ni… San…*[6]

Los resoplidos, los jadeos de cansancio, se sucedían una y otra vez. Pero los alumnos obedecían, sacando fuerzas de flaqueza, aunque cada vez con mayor lentitud. La voz del *Sensei* se alzaba, potente, sobre todo ello. Sus brazos, chorreantes de sudor, se flexionaban sin descanso, sin tregua, apretados los puños contra la verde tela del *tatami*, como sí, a pesar de ello, tuviese fuerzas suficientes para continuar durante toda una eternidad.

Pero el cansancio venció a los alumnos. Poco a poco, como moscas, agotadas, terminaban dejándose caer sobre el *tatami*, mojándolo con su sudor, para no volver a repetir el ejercicio.

De pronto, Donald Halloway pareció darse cuenta de que ya nadie le hacía caso. Elevó la vista, sin dejar de flexionar ni un momento sus poderosos brazos. Los músculos, visibles pues no lo cubría el blanco algodón del *kimono,* vibraban como tensos cables de acero bajo su piel bronceada, entre el sudor.

Todos estaban tendidos sobre el *tatami,* agitadas sus respiraciones, derrumbados como peleles, con los ojos cerrados, intentando recuperar el aliento. Incluso la morena Keisho Ozawa, que le miró, con una débil sonrisa en los labios.

Irguió el torso, quedando con las rodillas hincadas en el *Tatami.* Miró con severidad a todos y cada uno de sus alumnos.

—¡Vamos! ¿Es que ya os vais a dar por vencido? —gruñó—. ¡Debemos seguir! ¡Es necesario que sigamos!

—Pero… *Sensei…* —protestó Keisho, haciendo esfuerzos para levantarse y consiguiendo tan solo quedar sentada. Sujetó sus doloridos brazos. Entre la mal cerrada blusa del *karategi*, podía verse uno de sus pechos desnudos, que pronto se apresuró a cubrir—. Hemos hecho casi cincuenta flexiones seguidas… Sin descansar ni un minuto.

—Y debemos continuar hasta efectuar cien, sin perder la respiración —aseguró Donald, levantándose, quedando en pie ante sus inmóviles alumnos —. Para eso os enseño a respirar como debe hacerlos un *budoka,* para no agotarse tan pronto. El *Ibuki-San-Kai,* el *No-gare, s*on cosas que debéis recordar automáticamente en momentos así. Y se deben usar. No son solo cosas que se usan para pasar el examen de cambio de grado.

Miró de nuevo a todos. Le miraban. Vio el enorme cansancio en el rostro, en el gesto de Keisho.

—Bueno… —suspiró—. Lo dejaremos por hoy. Pero debéis recordarlo, y bien, para la próxima vez. El *Karate* no es solo unas posturitas más o menos impresionantes. También es saber respirar, reaccionar con absoluta frialdad, sin perder en ningún momento el dominio de la situación. Es seguir adelante, continuar, vencer… Una y otra vez, en cada cosa que nos propongamos. Recordadlo. El próximo día seré más duro.

Hubo algunas risitas nerviosas, cansadas, mientras todos los *Kyu* se sentaban, mirando al *Sensei.* Los jadeos, las mejillas encendidas por el esfuerzo, continuaban. Sobre todo, en las escasas mujeres que allí había, muchas de las cuales se frotaban los brazos con fuerza.

—No somos muchos hoy —comentó con una sonrisa el *Sensei*—. ¿Qué es lo que sucede?

—La final de Copa, *Sensei*… *—respondió* uno de sus alumnos—. La

están retransmitiendo. Y promete ser interesante.

—Ah, el *Foot-ball…* —sonrió Donald—. El deporte-rey en el Reino Unido. Y en muchos otros países del mundo. Realmente apasionante. Atrae a las masas con auténtico fervor. No como el *Karate,* pues este no es un deporte de masas, si no personal, individualista. ¿Cómo es que estáis vosotros aquí, entonces?

—El video es un gran invento en estos casos, *Sensei* —contestó otro—. Un muy útil invento. Gracias a él estamos, ahora, en lugar de delante del televisor.

—Oh, ya veo… Eso quiere decir que, si no fuera por eso, no habríais asistido a clase, como los demás.

—Nosotras sí, *Sensei* —aseguró una chica—. A mí no me gusta el fútbol. Me importa un bledo que gane o no el Liverpool. Prefiero esto, aunque a veces estemos al borde del síncope, en lugar de permanecer delante del televisor, viendo como unos idiotas van delante de un balón. No tiene ninguna emoción.

—Bah, todas las mujeres sois iguales… —gruñó uno de los chicos, haciendo un gesto despectivo.

—¡Oye, idiota…!

—¡Silencio! —miró severamente el *Yondan* a los que discutían—. Esto no es el *subway*, muchachos. Seguís estando ante vuestro *Sensei,* ante el *Kenku,* dentro de un *Dojo.* Aquí la paz, la tranquilidad, es imprescindible. Poneos cómodos. Os aseguro que los que estáis aquí quedaréis contento por haber venido. Tengo algo especial hoy. Esperadme.

Salió del *Tatami,* efectuando el riguroso *Rei* antes, y se perdió en los vestuarios. Los alumnos cruzaron miradas de duda, de desconcierto, entre ellos.

—¿Qué será, Keisho? —preguntó una joven, mirando a la japonesa—. ¿Lo sabes tú?

—No —negó con la cabeza, débilmente, con gesto pensativo—. No me dijo nada sobre una sorpresa esta tarde.

Keisho miró en torno. Solo vio a tres mujeres más, todas jóvenes y atractivas. Pero no a Selena… Y eso levantó su ánimo.

Cuando Donald volvió, trajo en sus manos unos extraños objetos. Un par de maderas, de casi medio metro de longitud ambas, con un pivote redondo cerca de uno de sus extremos, por lo que el Karateka los sujetaba. Al entrar en el *Tatami,* sonrió, escrutando los rostros sorprendidos de sus escasos alumnos.

Solo Keisho permanecía sonriente. Había reconocido aquella antigua arma oriental, todavía usada en las Artes Marciales, como lo eran los *nunchaku,* o el *Bo.* Armas elementales, casi inofensivas a simple vista, pero demoledoras en manos de un experto.

—Esto son unos *Tonfa*, muchachos —dijo, colocándolos adecuadamente en sus brazos, empuñadas por el pivote, con la parte larga pegada al antebrazo y la corta sobresaliendo más que el puño—. Un arma tan extraordinaria y útil como los famosos *nunchaku*, aunque no tan populares. Pueden llegar a ser mortales. Y no son difíciles de manejar en teoría, aunque se pueden hacer maravillas también, si se sabe usarlas.

—¿Usted sabe, *Sensei?* —preguntó una alumna, mirándole.

—Bueno, no forma parte de mi especialidad —sonrió Donald—, pues es un arma del *Kobudo,* otro Arte Marcial. Pero aprendí a usarlos, como complemento.

Sus ojos se posaron en Keisho. La joven oriental seguía sonriente.

—Keisho… ¿Te encuentras en condiciones de hacer un breve combate? ¿O estás demasiado cansada?

Ella negó con la cabeza y se levantó. Donald cogió uno de los *Bo* o bastones que tenían allí, colgados cerca del *Kanku,* como elementos auxiliares en el aprendizaje. Se lo lanzó, permitiendo que ella lo cogiera en el aire, con habilidad.

Lo volteó en su mano, con rapidez, haciendo filigranas en el aire. No era una experta con el *Bo,* pero se defendía.

—Ataca, Keisho —ordenó el *Sensei,* poniéndose en postura de combate, relajados los músculos, esperando—. Yo solo me defenderé.

—¿Y si le alcanzo?

—Me aguantaré —sonrió, observando a la joven de blanco *kimono* y negro cinturón anudado a la cintura que se colocaba en posición de ataque en esos momentos, con el cuerpo girado unos cuarenta y cinco grados y el *Bo* empuñado con ambas manos—. Pero no te preocupes. Ataca sin temor.

Ella obedeció, girando el bastón con la siniestra. El *Bo* describió un arco que debía concluir en la cabeza de Halloway.

Fascinados, todos vieron como este paraba el ataque sin dificultad, utilizando su brazo protegido por el *tonfa* en una maniobra de *Jodan-Uke.* Se oyó el chasquido de madera contra madera. Pero nada más.

Vertiginoso, el rubio *budoka* giró la muñeca de su mano izquierda. El *tonfa* rotó sin dificultades. Y la parte más larga quedó libre, como una continuación de su brazo, que se dispuso a golpear en *Jim-Tsuki,* veloz.

Esperaba la reacción de Keisho, que no tardó en producirse por instinto. Ella se echó atrás, para no recibir el golpe. Descuidó su concentración.

Y, entonces, se produjo lo más increíble. Un hecho que dejó boquiabiertos, estupefactos, a todos los presentes.

Donald Halloway, el *Yondan* de *Karate,* efectuó un sensacional, inaudito, impecable *Tobi-Goshi.* Los músculos de sus piernas, con un tirón inconcebible, se convirtieron en auténticas catapultas. Y Halloway hendió el aire, saltó limpiamente por encima de Keisho, que no podía creer lo que

veía.

Su cuerpo se retorció en el aire, girando sobre sí mismo, en una pirueta propia de un consumado gimnasta, para después aterrizar blandamente, casi sin esfuerzo, justo detrás de Keisho. Aprovechando la sorpresa, golpeó con la parte larga del *tonfa* en el bien formado trasero de la japonesa.

Esta respingó, dolorida en tan noble lugar de su anatomía, y se volvió, con los ojos muy abiertos, para mirar a su *Sensei* con gesto de infinito asombro. Pero ya tronaban los aplausos de sus alumnos, y los gritos de ¡viva, viva! dirigidos a él, a su portentoso alarde de fuerza, precisión y habilidad.

—¿Sorprendida? —preguntó Donald, mirando a su alumna—. Probablemente nunca antes me viste hacerlo. Aunque, la verdad sea dicha, tampoco hizo falta. Es solo uno más de mis recursos.

—¿Có… cómo lo hiciste?

Donald, antes de responder, volvió la mirada hacia sus alumnos y dijo:

—Bien, muchachos, ya tenéis de qué hablar en las duchas. Así que… fuera, se acabó la diversión. Ya es tarde.

Ellos obedecieron al unísono y, despidiéndose alegremente, salieron del *Tatami* para meterse de inmediato en los vestuarios. Donald Halloway y Keisho Ozawa, profesor y alumna tan solo en esos momentos, se miraron.

—Eso fue una jugarreta, *Sensei* —fingió enfado la joven—. Yo no esperaba nada parecido. Ni siquiera sabía que pudieses hacerlo.

—Los entrenamientos en *Shin-ji* son duros, Keisho —fue el comentario del *karateka*—. Muy duros. Y quien va allí pone todo su esfuerzo y corazón en superarse a sí mismo cada vez más. Aquí, en cambio, es diferente; no hay ambición, ni confianza en las propias posibilidades. Si yo fuera un *karateka* normal y corriente, de esos que se forman a toda prisa en cualquier *Dojo,* no podría hacer cosas parecidas. Y probablemente ahora, de no ser por eso, estaría muerto. Pero no lo soy. Pasé varios años en *Shin-ji,* perfeccionándome, aprendiendo más de lo que me podían enseñar en Londres.

Keisho frunció el ceño. Miró a su joven profesor con cierto recelo.

—*Sensei*… —murmuró entre dientes—. Tú quieres decirme algo… Te conozco y sé que es así…

—Sí, Keisho —sonrió Donald, mientras saludaba al *Kanku* en *Fudo-dachi* y salía del verde suelo del. *Tatami*—. Quiero decirte algo. Lo has adivinado. Y supongo que te gustará, pues me lo pediste una vez.

Keisho, después de efectuar el *Rei*, se colocó delante del joven, observándole con entusiasmo y curiosidad.

—¿Qué es, Donald?

—Eres una gran luchadora, pequeña flor de loto. Una *budoka* sensacional. Con un buen entrenamiento y más experiencia, podrías

superarme a mí en poco tiempo. Pero para eso necesitas unos maestros adecuados.

—¿Qué quieres decir? —una sombra de temor pasó por sus ojos—. ¿Deseas que me vaya a otro *Dojo,* en lugar de continuar aquí?

—No, Keisho… —rio Halloway, cogiendo sus hombros—. ¿Cómo ha podido ocurrírsete tal cosa? No quiero que te apartes de mi lado. Nunca. No debes temer por eso, amor mío. Soy yo el que se marchará por una temporada, dentro de poco tiempo. Y deseo que vengas conmigo.

—¿A dónde?

—A Japón… —contestó el *budoka,* observando con detenimiento la reacción en su joven alumna—. A *Shin-ji…*

Como suponía, la reacción no se hizo esperar. Y no pudo ser más positiva. Un abrazo, fuerte, cariñoso, lleno de júbilo, es suficiente respuesta.

* * *

Kami ya estaba silencioso, casi desierto. Solo los profesores, los hombres que habían dedicado todo su esfuerzo para unirse y formar aquel gran gimnasio, permanecían aún en él, hablando entre sí o entrenándose ellos mismos, pues, ante todo, eran personas dedicadas por entero al deporte. Y Donald Halloway no era una excepción. Fue uno de los fundadores del *Kami,* junto a otros expertos en Artes Marciales.

Los alumnos ya hacía un buen rato que abandonaron el lugar. Salvo uno, naturalmente, cuyo nombre era Keisho Ozawa, que ya había terminado de cambiar su liviano y cómodo *karategi* por sus ropas de calle. El pantalón ceñido a sus caderas, a sus prietos muslos, como una segunda piel, el fino jersey de color rojo y la cazadora tejana, a pesar de todo, formaban un conjunto, no deportivo pero sí ligero.

—¡Oh, Donald! —se abalanzó de nuevo sobre él, nada más salir del vestuario, para alojarse entre sus brazos, que la alzaron en el aire unos palmos—. ¡Qué feliz soy! Junto a ti me siento dichosas, como un pájaro que cada vez vuelas más alto, más alto…

—Pues ten cuidado con el vértigo —rio él—. Puede ser fastidioso a esa altura.

Keisho ahogó sus risas con un beso apasionado, que no tuvo problemas en depositar sobre sus labios pues estaba a su altura.

—A veces, Donald Halloway, eres menos romántico que una lechuga… Pero me sigues gustando tanto…

—Magnetismo personal… —susurró, ronco, el joven *Sensei,* muy cerca aún de los labios entreabiertos de la japonesa—. Las hechizo a todas…

—No seas tonto —rio Keisho, zafándose de su abrazo, quedando de

nuevo con los pies en el suelo—. Y dime porqué debemos ir a *Shin-ji.* Aún no me lo has dicho.

Donald pasó un brazo por los hombros de la chica oriental, mientras comenzaban a andar por los pasillos asépticos y blancos de *Kami.* El color blanco, símbolo de la pureza y la alegría en los pueblos orientales, predominaba en aquel club cuyo nombre, en japonés, significaba «divinidad».

—Llevo mucho tiempo siendo *Sensei, c*on el cuarto *Dan* en mi cinturón, Keisho. Y, durante más de año y medio, he estado dando clases con ese cuarto *Dan*, en frenándome al mismo tiempo para subir de grado. Creo que ya ha llegado el momento. Por eso voy a *Shin-ji.*

—¿Para… subir de grado? ¿Para ser *Dhihan?*

—Exactamente —asintió Donald—. El más alto grado reconocido por la Federación Mundial de *Karate.*

Yo no lo creo así. Pienso que se puede llegar mucho más lejos en las Artes Marciales. Pero, de modo oficial, habría alcanzado la cumbre.

—¿Te sientes capaz de conseguirlo?

—Sí, estoy seguro de que podré. Tú sabes mejor que nadie cómo entreno cada día.

—Sí —se estremeció la *budoka*—. A veces me da miedo verte, de verdad, cuando estás entrenando. Pero, si consigues el *Shihan,* quedarás demasiado lejos para que yo pueda alcanzarte.

—No lo creo —opinó Halloway—. Eres una luchadora excepcional. *Shodan* y, por tanto, *Sempai* de *Judo*… Lo mismo con el *Karate*… Subirás rápido en *Shin-ji*: Estoy seguro.

—Cuéntame cómo es aquello.

—No, prefiero que sea una sorpresa, que lo veas por tus propios ojos, sin saber nada de él. Informaré al club mañana mismo y nos iremos dentro de un par de semanas. Lo único que debes saber es que te gustará.

No dijo nada más. Siguieron hacia adelante, abrazados, pasando ante compañeros del gimnasio que les saludaban amistosamente, sin sorprenderse en absoluto al verlos tan juntitos, tan efusivos y cariñosos. Allí todo era camaradería, amistad… Pero ninguno se mezclaba en la vida emocional de los demás.

Si ambos, profesor y alumna, eran amantes, mejor para ellos. Mientras no perjudicasen a nadie con su amor…

Fue cuando estaban a punto de salir…

Las puertas de cristal con la palabra japonesa *Kami* pintada en negro estaban ante ellos. Más allá, solo se veía oscuridad y niebla. Y, muy borrosamente, casi difuminada, la calzada, algunas luces en la lejanía…

Pero delante de las puertas había alguien. En hombre joven, no mal parecido aunque de rostro duro, desagradable, hosco e impenetrable. Bajo

sus elegantes ropas de *gentleman* británico, se adivinaba una fuerte complexión, unas anchas espaldas, una gran robustez y corpulencia.

Parecía esperarles, al parecer, pues no dejaba de mirarles con fría expresión mientras avanzaban hacia allí. Sin embargo, ambos jóvenes no le conocían de nada. Para ellos, era un perfecto desconocido. Uno más, entre los muchos que habitaban aquella ciudad.

—¿Señor Halloway…?

Donald, sorprendido, miró al desconocido personaje con fijeza. ¿Le conocía…?

—Sí, soy Donald Halloway —respondió, amable—. ¿Puedo servirle en algo?

La dura sonrisa que curvó los labios del desconocido no le gustó nada. Era una de esas sonrisas que parecen llevar algo oculto, sombrío, misterioso, tras de sí.

—Pues… sí, Halloway —dijo el otro, abriendo las puertas de cristal del gimnasio—. Puede usted ayudarme. Pero, por favor, no se detengan por mí. Les acompañaré.

Donald y Keisho se miraron, como si cada uno pretendiese leer en los ojos del otro si pensaban lo mismo. Sin necesidad de palabras, supieron que así era. Desconfiaban… Inconscientemente, se pusieron alerta.

Cuando franquearon las puertas miraron en rededor. No había nadie por allí, aunque era imposible asegurarlo con certeza debido al espeso, húmedo *smog* que empapó con rapidez sus cabellos y ropa.

Seguían abrazados. Donald sintió con más fuerza el contacto de Keisho. Tras ellos, oyeron las pisadas, huecas, rítmicas, del desconocido.

Le miró. El hombre seguía sonriendo de aquella forma tan especial.

—Es usted muy famoso, señor Halloway —comentó—. Lo fue, al menos, hace algunos años. Pero parece que ahora no desea esa vida tan ajetreada y movida. Prefiere la tranquilidad… ¿verdad?

El *karateka* no contestó. Tenía a su lado a aquel individuo, que ahora miraba a Keisho.

—Una chica muy linda —alabó, sin dejar de caminar—. Japonesa… ¿No es cierto? Tiene usted muy buen gusto, Halloway. ¿Es alumna suya?

—Sí, lo soy… —contestó la nipona, con frialdad—. Es mi profesor.

—Tiene usted otra alumna, Halloway… —pareció pensativo durante unos instantes—. Selena, creo que se llama.

Keisho se puso rígida. El *budoka* se detuvo, advirtiéndolo.

—Sí, es cierto… —asintió, algo irritado ya—. ¿Por qué lo pregunta?

—Existe una razón. Halloway —sonrió de nuevo el sujeto—. Pero antes dígame… ¿Sería usted capaz de repetir alguna de las hazañas que todavía perduran en mi memoria, si alguien estuviese en peligro y solo usted pudiese salvarla?

Los dedos de Keisho se crisparon en el brazo de su rubio amante. Sintió el dolor de sus uñas en su carne, pese a la protección de su cazadora. Pero Halloway no dudó. Sabía que allí se ocultaba algo.

—Sí, naturalmente… —respondió—. ¿Le sucede algo… a Selena?

—Es usted muy listo, Halloway —rio con ganas el hombre de elegantes ropajes—. Sí, muy listo… Como ya habrá supuesto, no pienso decirle mi nombre. No creo que le interese.

—Puedo averiguarlo…

—Pero no lo hará… por el bien de Selena, por supuesto, para usted, yo solo soy una sombra, una voz sin rostro y sin forma concreta… ¿De acuerdo? Si no fuera así, Selena lo pasaría muy mal.

—¿La ha… secuestrado? —se puso tenso el joven, apartando de sí con lentitud a Keisho—. Responda…

—Touché! —rio otra vez—. De nuevo ha dado en el centro de la diana, señor Halloway. Selena Spacek, la bella y rubia Selena, está en nuestro poder, en un lugar que solo nosotros conocemos.

Halloway adelantó un paso, sin ningún ruido. Sus manos, extendidas, rígidas como un cuchillo, en la postura llamada *Te-Katana,* estaban preparadas para golpear. Sus pies, dispuestos a saltar.

—No haga nada, amigo mío —la sonrisa continuaba en el rostro, pese a la actitud de Halloway—. No pierda su paz espiritual. Si algo me pasase a mí, mañana mismo hallarían el cadáver de la señorita Spacek, flotando en las aguas del Támesis. Sería una lástima… ¿verdad? Tan joven y bella…

—Si le pasa algo —silabeó el *budoka*—, le encontraré… Le buscaré hasta en el infierno, si fuera necesario. Y se acordaría de estas manos por toda la eternidad.

—Estoy seguro de que lo haría, Halloway —el cinismo sonó en la voz del criminal—. Más de una vez lo ha hecho. Cuando se propone cazar a alguien, lo caza. Lo sé.

—Entonces… ¿Por qué ha venido aquí, arriesgándose?

—Para informarle, Halloway. Nadie sabe, ni siquiera sospecha, que Selena Spacek está secuestrada. Y espero que nunca deba enterarse nadie. Si usted nos ayuda, no pasará nada.

—¿Qué debo hacer? —suspiró Donald, intentando relajarse, mirando con fiereza al hombre.

—Cazar a un hombre, *budoka…* Usted puede. Tiene muchos amigos, contactos que le serán útiles. No le será difícil, pues sabemos que ese hombre está aquí, en Londres, todavía. Tiene tres días. Ni uno más. Si falla… será Selena quien lo pague.

—¿Su nombre?

—Mark Lonigan… Así se llama —respondió el desconocido—. Nosotros nos pondremos en contacto con usted, no se preocupe. Solo…

búsquele, dígale que nos devuelva lo que es nuestro, de lo demás… nos encargaremos nosotros.

Y, sin decir nada más, se marchó, se alejó, perdiéndose entre las brumas, que le engulleron al instante, como un monstruo ávido y sin forma concreta. Los dos *budokas* no intentaron seguirle. Era demasiado arriesgado. Había una vida en juego.

Cuando el sonido de sus pasos desapareció, solo quedó el silencio en torno, ahogándoles… Y sus propios sentimientos e ilusiones, rotos en mil pedazos.

Keisho clavó sus almendrados ojos, más abiertos que nunca, en el rostro tenso y viril del joven.

—Vas… a hacerlo… ¿verdad? —preguntó, con voz quebrada.

—No tengo elección. Keisho —rehuyó su mirada Donald—. Lo lamento… De verdad… Pero hay una vida en juego. Demasiado para que yo pueda negarme, para que ni siquiera me atreva a pensarlo.

—Lo… comprendo… —intentó sonreír Keisho, sin conseguirlo del todo—. Tienes razón… Te ayudaré.

—¿Ayudarme? Sí, creo que será mejor entre los dos —la abrazó, la estrechó contra su pecho—. Lástima que esto…

Calló. Era mejor no seguir pensando en ello.

Debían concentrarse, de nuevo, contra su voluntad, en la lucha. Una lucha tensa, cuya transcendencia aún no conocían, con una vida humana sobre sus cabezas, como una nueva y terrible espada de Damocles.

Otra vida en peligro…

Y unos enemigos sin rostro, fríos y despiadados, vigilando en las sombras.

CAPÍTULO V

SERPIENTES ALADAS EN LA OSCURIDAD

Meditación.

A veces, es buena para esa abstracción cuya existencia todavía no podemos asegurar por temor a equivocarnos y a la que llamamos espíritu. Cuando sentimos que algo dentro de nosotros se convulsiona, amenazando con destruir incluso las bases mismas sobre las que se apoyan nuestras existencias, cuando todo gira en la vorágine de la confusión, debemos recurrir a ella.

Entonces, la necesitamos. Puede hacernos mucho bien.

Donald Halloway permanecía inmóvil, practicando la *Zarzen* o meditación sentada, en la postura llamada *Seiza*, con el tronco erguido, de rodillas en el suelo, sentado sobre sus propios pies, los ojos cerrados. Parecía una estatua perfecta, en medio del *living*. Ni un solo músculo se movía. Nada rompía su quietud.

Keisho caminó de puntillas, descalza, sin hacer el menor ruido, y se sentó en un sillón. Miró llena de ternura a su amado *Sensei,* sin atreverse a sacarle de aquel estado.

—Debemos comenzar la búsqueda, Keisho —murmuró, de pronto, como si supiera que ella estaba allí, el joven *budoka,* sin alterar su actitud ni un ápice—. Ahora mismo.

—¿Cómo? ¿No vamos a descansar? La tarde ha sido dura…

Halloway alzó la mirada, para encontrarse con el rostro aceitunado de Keisho Ozawa.

—Solo tenemos tres días, Keisho —dijo, con lentitud—. Nada más que tres días. No me atrevo a descansar. No aún, al menos.

—Está bien… —suspiró la japonesa—. ¿Por dónde empezamos? Londres es muy grande. Y, no tenemos ninguna pista, salvo el nombre de ese tal Lonigan…

—Te equivocas. Selena me habló el otro día de su prometido. Es un periodista americano.

—¿Americano? Pero, entonces…

—Está aquí, Keisho —aseguró el joven. Su mente, fría y serena, parecía tenerlo todo medido, calibrado, sopesado…—. Ese hombre no mintió. Sabe que está aquí, aunque no sé cómo ha podido averiguarlo. Quizá… por Selena. ¡Sí, eso es…! Por Selena… Sabe que Lonigan no se marcharía de aquí sin llevarse consigo a esa muchacha.

—¿Y cómo podemos estar seguros de eso?

Donald se levantó. Su cerebro trabajaba deprisa, a velocidad de vértigo.

—¿No lo entiendes? Ese hombre debe conocer bien a Lonigan. Debemos partir de esa base. Además, su acento es americano. No habla un inglés puro, propio de los londinenses, tan orgullosos de su idioma, sino el inglés «adulterado» de los Estados Unidos.

—Vuelvo a mí primera pregunta: ¿Por dónde empezamos?

—Eso… es cosa mía —sonrió Donald—. Nuestro primer paso es… el teléfono.

Y, sin un solo titubeo, decidido, se dirigió hacia el mueble donde podía verse él aparato telefónico. Poco después, tras marcar previamente un número, hablaba a través de la electricidad con alguien.

* * *

Scott Morris trabajaba en los archivos oficiales de New Scotland Yard, entre enorme multitud de papelotes, carpetas, sobres, recortes de periódicos, libros, etc… que contenían información sobre la delincuencia en el Reino Unido desde la misma fecha de fundación de aquella institución, cuando se llamaba simplemente, Scotland Yard.

Era un hombre rechoncho y afable, de mirada risueña e inteligente y cráneo casi totalmente mondo, seguramente por lo mucho que tuvo que usar su cerebro en tantos años de servicio. Tras las gafas, con montura de carey, los ojillos, vivaces, se clavaron en los recién llegados.

—¡Donald, muchacho…! —se alegró, mientras se levantaba de un salto de su mesa de trabajo, donde estaban un grueso montón de folios mecanografiados, junto a una carpeta abierta—. Al fin vuelvo a verte. ¿Cuánto tiempo hace? ¿Dos años…?

—Un poco más, viejo amigo —sonrió el joven *budoka,* estrechando su mano con cordialidad—. Casi tres.

—Has vuelto a acordarte del viejo Scott… ¿Eh? —miró con simpatía a la chica oriental que iba junto a él, con la sonrisa siempre en los labios—. ¿Y esta preciosidad? ¿Dónde la encontraste?

—Yo no la encontré, Scott. Nos encontramos —rectificó Donald—. Se llama Keisho Ozawa y es una buena amiga, además de mi alumna.

—Aaaahhh… —asintió el policía—. Sigues con eso del *Karate*… Es una tontería. Cuando yo era joven, si peleábamos bien, sin necesidad de aprender esas cosas —volvió a mirar a Keisho—. Conque una amiga… ¡Ya…! Estos jóvenes… Antes lo llamábamos de otra manera. Pero no os avergoncéis. Dormir acompañado es bueno para la salud. Y, si no duermes, mejor…

Soltó una risita, mientras le echaba un vistazo a los folios. Cogió unos

cuantos, que tendió a Donald.

—Aquí tienes lo que me pediste, Donald —aseguró, mirando con repentina preocupación al joven—. No voy a preguntarte para qué quieres esa información. Nunca lo he hecho. Pero estoy seguro de que te has metido en otro lío. Y eso no me gusta, cuando decidiste dejar todo eso.

—Me han metido, Scott —puntualizó el joven, observando los folios, leyéndolos—. Me han metido… ¿Me podrías sintetizar lo que pone aquí? No tengo tiempo para leerlo todo con detenimiento.

—Pues deberías hacerlo —gruñó Morris—. Son las cinco de la madrugada. Me he pasado casi tres horas recogiendo esa información y tú…

—Por favor, Scott… Hay más en juego de lo que puedas imaginar. Si no me doy prisa, puede morir una persona.

—¿Y por qué no lo has denunciado a la policía?

—Es muy largo de contar —resopló él—. Y sería peor, créeme… Confía en mí. Es mejor así…

—Está bien —suspiró el policía, tomando de nuevo los folios—. Ese hombre, Mark Lonigan, periodista americano, trabajaba en el *Daily Press* de Washington, como reportero gráfico. Se trasladó a Londres, para enviar material a una revista sensacionalista, *Flash.* Pero lo dejó hace unos tres meses, marchándose repentinamente, junto con su hermano, Burt, y un par de amigos de la prensa «amarilla», con muy mala fama, a China.

—¿China? —respingó Keisho—. ¿Para qué?

—Ni idea —se encogió de hombros el policía—. Nadie lo sabe. La última noticia que se tuvo de ellos fue su vuelta a Londres, recogida en las listas de pasajeros que confecciona la BEA, hace unas semanas. Mark vino antes. Una semana más tarde, lo hacían su hermano y uno de los que le acompañaban. Del otro, no se sabe nada… aún.

—¿Vinieron… en vuelos diferentes, separados?

—Eso parece.

—Extraño… ¿verdad? —fue lo último que dijo Donald Halloway, antes de que se despidieran de Morris.

* * *

—Ha sido fácil… —musitó, pensativo, mientras releía aquel informe —. Demasiado fácil… Mark está en Londres. Y también su hermano, persiguiéndole, al parecer queriendo recuperar algo que es suyo, junto a uno de los hombres que les acompañaron a China, Benjamín Deekson.

—Todo parece muy claro… ¿No? —opinó Keisho, sentada a su lado, con el ceño fruncido—. Y no ha sido difícil obtener esa información. Una llamada telefónica y…

—Sin embargo, es como si no tuviéramos nada —suspiró el *budoka*—. Por deducción, hemos llegado hasta averiguar los nombres de los secuestradores. Pero seguimos sin saber dónde está Lonigan.

—Si sabemos quiénes son…

—De nada nos sirve —negó con la cabeza Donald—. No podemos demostrar que ha sido secuestrada, cuando todo el mundo piensa que se encuentra enferma. ¿Qué íbamos a argumentar? ¿Qué no está en casa? ¿Qué no contesta al teléfono?

—Sí, tienes razón.

—Si supiéramos el motivo, si conociéramos la causa por la que se está produciendo todo esto… Parece evidente que Lonigan tiene algo que su hermano y un compañero suyo desean. Pero… ¿Qué puede ser? ¿Dinero…?

—Sea lo que fuere, todo empezó en China…

—Resultaría divertido, incluso, si no fuese tan dramática la situación —sonrió Halloway—. Estamos buscando aquí, en Londres, los frutos de Oriente. Una charada sin sentido…

Se quedó mirando una fotografía, entre sus dedos. En el papel, se veía el rostro bien parecido de un sonriente joven. En el dorso, un nombre, el de la persona fotografiada, con trazo firme las letras manuscritas.

La habían extraído de la casa de Selena Spacek, tras un rápido registro ilegal, aquella misma madrugada. A su lado, Keisho bostezó, estirándose voluptuosa.

—¿Dónde estás, Mark Lonigan…? —silabeó, con torva mirada—. ¿Dónde estás, maldita sea?

* * *

Durmieron poco aquella noche. Pero, aunque hubiesen querido dormir más, no les hubiesen dejado.

El teléfono sonó repetidas veces, llenando todo el piso con su sonido monocorde y crispante. Keisho lo miró, sobresaltada, y dejó las tazas de café que había estado preparando junto al artefacto, para llamar a Donald, que seguía dormido pese a que el infernal aparato sonaba cerca de su cara.

—Donald… Miaaaoouuu… —le llamó, mientras le zarandeaba—. ¡Donald!

El joven abrió los ojos con pesadez, amodorrado. El estridente ¡Riiinnnggg…! del teléfono, en ese momento, le hizo dar un salto.

Lo cogió enseguida, acercándolo a su oído con rapidez.

—¿Dígame…?

Una voz le respondió, al otro lado de la línea, pero Keisho Ozawa no la oyó. A pesar de todo, imaginó que sería una pregunta concreta.

—Sí, soy yo mismo —respondió Halloway, alisándose los revueltos cabellos rubios—. ¿Quién habla?

—…

Donald, de pronto, como sorprendido, miró a Keisho. Ella advirtió algo extraño en sus ojos. Un fulgor que no acostumbraba a aparecer en sus pupilas, salvo durante las peleas.

—Entiendo —asintió Donald, como si el que le hablaba pudiera captar su gesto—. Últimamente, el anonimato se está haciendo muy frecuente en nuestra ciudad. Por cierto, su acento es extranjero, como…

—…

Una sonrisa irónica flotó en los labios del *budoka,* como un símbolo de victoria en su rostro curtido.

—Está bien —suspiró, con aire de cansancio—. Lo olvidaré. Pero supongo que tendrá usted un motivo para llamarme. ¿O acaso hace esto por deporte?

—¿…?

—Sí… —admitió rápidamente, ronca su voz, el *karateka*—. Pero… ¿Cómo sabe…?

—…

—No, claro… No me importa. Usted es solo… un amigo… ¿Verdad?

—…

Donald apretó con fuerza las mandíbulas, mientras se levantaba, sin dejar el teléfono.

—¿Seguro?

—…

—Sé que no tengo ninguna garantía de que sea verdad —replicó el joven, ante la mirada de Keisho—. Y también que debo arriesgarme. Está bien, usted ha dicho lo que tenía que decir. No espere agradecimiento por mí parte.

Y, sin más, colgó. No dejó defenderse a su anónimo comunicante, que debió quedar con la palabra en la boca.

Keisho cogió su mano, aún sobre el aparato.

—¿Quién era?

—No lo sé —se encogió de hombros el *budoka*—. No dijo su nombre. Y si le conozco, no reconocí su voz. Hablaba en susurros, pero no con temor. Sus palabras eran seguras, sin indecisiones o dudas.

—Dijiste… que era extranjero…

Donald sonrió de nuevo.

—Sí, su acento era oriental —asintió—. Pero no japonés, como el tuyo, Era… diferente. Lo capté, pese a que hablaba muy bajo.

—¿Chino, quizá?

Donald Halloway miró con estupor a la joven *Shodan* de *Karate.*

—Sí… —susurró, acariciando el exótico óvalo que era el rostro de la japonesa—. Podía ser chino, tal vez… No conozco muy bien su idioma pero… es posible.

—El rompecabezas parece dispuesto a recomponerse solo… —sonrió, satisfecha, la *budoka* oriental—. ¿Qué te ha dicho?

Halloway estaba comenzando a vestirse, con rapidez.

—El sitio donde puedo hallar a Mark Lonigan… —respondió, ganándose la atenta, sorprendida mirada de Keisho—. No sé el motivo, ni qué tendrá que ver nuestro misterioso informador con todo esto, pero así es. Me ha dicho el sitio exacto…

Keisho quedó pensativa, como sumergida en un mar de dudas. Quizá otro hombre no lo hubiese notado, pero Donald Halloway la conocía. Y bien.

—Es una trampa, Donald.

Las palabras brotaron suaves, casi melodiosas, susurrantes, en japonés. Donald se preguntó por qué recurría a su idioma nativo, en lugar de decirlo en inglés.

¿Quizá porque había salido sin pensarlo…?

—Estoy segura, Donald —musitó, siempre en japonés, abrazándole, acariciando sus hombros—. No vayas…

—Es posible que lo sea, Keisho. —Donald vio algo en sus ojos rasgados, y decidió hablar también en el idioma de la joven—. Pero debo ir. No puedo dejar…

Ella colocó un dedo en sus labios. Donald dejó de hablar. No pudo resistir la tentación de besarla, de acariciar sus menudos, duros senos.

Keisho suspiró profundamente, pegándose a él.

—Nos espían, Donald… —jadeó, entre ardorosas caricias—. Me di cuenta antes… Hay micrófonos… en el piso… Pueden escuchar… todo lo que decimos. Es mejor…

Donald no dejó que continuase. Las palabras se perdieron en sus labios, cuando estos se unieron a los del hombre, con enervante intensidad. De reojo, en la cabecera de su cama, vio brillar un pequeño disco de metal, que hasta entonces ni siquiera advirtió.

Bien, les darían algo en qué pensar durante un rato. Envueltos por la pasión, dominados por la sensualidad más cálida, se dejaron caer sobre el lecho…

* * *

—¿Crees que eran ellos que nos espiaban?

Donald Halloway, al volante del vehículo, propiedad de Keisho, no apartó la vista de la asfaltada carretera, bien visible pues allí, ya fuera de la

capital británica y con el día bastante avanzado, no había niebla. Conducía con seguridad a no mucha velocidad, por la desierta carretera, mirando de vez en cuando en torno, a la verde campiña, a los árboles azotados por el viento…

—¿Quién si no? —se encogió de hombros el *budoka*—. Parece ser que no se fían mucho de nosotros. Y hacen bien. A estas horas ya deben saber que sabemos sus identidades. Y que vamos a por su hermano. Pero, gracias a tu intervención, no pueden ni sospechar a dónde nos dirigimos. Es posible que aún no sepan que nos hemos marchado, que crean que continuamos allí, dormidos por la fatiga.

—La verdad es que estoy un poco cansada —sonrió la oriental—. Nuestra batallita ha sido dura…

—Pero agradable… ¿No es cierto? —rio él—. Scott, como siempre, tenía razón.

—Sí, mucha razón… Dormir juntos es agradable, pero si no se duerme… Entonces, es sublime. Sobre todo, con un hombre como tú, que ya desearían para sí muchas mujeres.

—¿Lo dices por mí apostura física? —enarcó cómicamente una ceja el rubio *Sensei*—. No soy precisamente Supermán…

—No… —rechazó con gesto divertido la *judoca*—. Tú no tienes capa…

—Muy graciosa… —gruñó el joven—. Pero dejemos eso para mejor ocasión. Si lo deseamos, la próxima vez me pondré capa.

—Será divertido verte.

—Concentrémonos en lo que estamos haciendo —se puso serio de nuevo Halloway—. Como bien dijiste antes de… de eso, puede que sea una trampa. Y no me gustaría caer desprevenido en ella.

—¿Caíste en alguna? —sonrió con ironía la japonesa.

—Sí, en demasiadas para mí gusto —suspiró él, mientras observaba de modo fugaz por el retrovisor que un automóvil de blanca, limpia carrocería, se acercaba. Para adelantarle, seguramente—. Pero nunca desprevenido. Nunca me gustaron las sorpresas desagradables.

—¿Y piensas que esta puede serlo?

—Si quieres que te diga la Verdad… sí. Hay algo en esa llamada telefónica que no me gusta. ¿Cómo sabían que busco a Lonigan? ¿Cómo averiguó ese individuo donde se encontraba? Parecía saber que me encuentro con las manos atadas y no tengo más remedio que ir. Pero, por otra parte, no puede ser un tipo contratado por Burt Lonigan. Él me necesita para encontrar a su hermano.

—¿Y todo eso adonde nos lleva? —arrugó el ceño la japonesa—. Si no me lo dices, no me enteraré de nada. La verdad es que no tengo dotes detectivescas.

—A algo que puede no gustarnos, Keisho. Hay dos fuerzas metidas en todo esto. Una… ya la conocemos. Son Lonigan y Deekson. Pero… ¿Y la otra? ¿Quiénes son? ¿Qué desean?

En ese momento, el automóvil que iba tras ellos procedió a adelantarles. Donald Halloway oyó el rugido del motor, cada vez más cercano. Supo que iban a ser rebasados en instantes. Pero, como buen conductor que era, no le importó.

En aquella ocasión, y pese a las normas de Caballerosidad en carretera, debió importarle.

La carretera se transformaba de pronto, ante ellos, en una sinuosa serpiente de asfalto, en una zigzagueante cinta gris oscura, rodeando, atravesando montañas. A ambos lados, los precipicios, los barrancos, eran monstruosas gargantas de la naturaleza, cada vez más profundas y peligrosas.

Miró entonces al vehículo que les rebasaba. Era una temeridad hacer tal cosa en aquellas curvas, se dijo, mientras aferraba el volante con fuerza. El automóvil, pese a ello, continuaba en su empeño.

Vio al conductor. Y él también vio al joven *budoka.* Sus ojos, sus miradas, se encontraron durante breves instantes.

Y fue entonces cuando Halloway comprendió, de pronto, en una súbita revelación.

Supo lo que sucedería al ver el rostro hermético, impenetrable, los ojos almendrados, fríos y siniestros, el cráneo rapado, afeitado por completo…

Fue entonces, también, cuando se desató la violencia, allí, en medio de una carretera solitaria, desierta…

* * *

El coche blanco dio un giro brusco, apenas un bandazo hacia la izquierda. Las ruedas gimieron con acritud, mientras se producía el encontronazo. El metal chocó contra metal.

Donald sintió un tirón en el volante. Rápidas, celé— ricas, sus manos actuaron para evitar el peligro, girando hacia el otro lado. Keisho, con ojos desorbitados, las manos engarfiadas en el asiento, estuvo a punto de chillar al ver el precipicio a su izquierda, lamiendo las ruedas casi sus bordes.

De nuevo otro choque, al mismo tiempo que daban una curva. El propósito del chino parecía evidente. Sus motivos, no. Pero los motivos no importaban en aquellos momentos para la pareja de *budokas*, cuyas portentosas habilidades nada podían contra aquella Muerte que viajaba sobre ruedas.

Se rebelaron contra su suerte como pudieron, evitando de nuevo la caída al abismo. Los nervios de acero de Halloway fueron puestos a prueba

en aquellos momentos de intenso peligro. Y también los de Keisho, que procuró mantenerse serena para no contagiar a su *Sensei,* pese a que la sima escalofriante estaba a su lado.

—¡Keisho! —gritó el joven, intentando eludir el siguiente encuentro—. Abre tu puerta… Si caemos, salta… afórrate a lo que puedas. Yo haré lo mismo…

Era difícil, Keisho lo sabía. Sus posibilidades de salir con vida si saltaban, eran muy escasas. El precipicio estaba demasiado cerca.

Pero, aun así, obedeció. Abrió la puerta. Todo su cuerpo, su mente, sus sentidos, se aprestaron para el salto.

No fue necesario arriesgarse.

Donald reaccionó con precisión, con el temple que adquirió en tantos años de peligro ininterrumpido, que no había quedado aletargado durante los últimos años de sosiego y tranquilidad. Aunque a menudo le pesase, era un hombre de acción, de reacciones casi felinas, inesperadas pero rápidas.

Cuando el coche blanco se precipitaba de nuevo hacia ellos, actuó, sin pensarlo dos veces, sin dar tiempo a su adversario de cráneo rapado.

Frenó. Hundió el freno hasta el fondo, con rabia, y giró el volante hacia la derecha, todo lo que pudo. El chillido de los neumáticos fue escalofriante. Casi lo llenó todo durante unos tensos instantes.

Se produjo el choque. El otro automóvil no esperaba aquello, pues continuó su avance. Y, en lugar de golpear, fue golpeado.

Cuando el conductor oriental quiso reaccionar, fue demasiado tarde. Nada pudieron hacer los frenos en aquella ocasión, pese a que lo intentaron, y el automóvil cayó a los abismos, alejándose hacia una muerte espantosa, fuera ya de la vista de los *budokas,* demasiado ocupados en salvar la propia vida, tras el golpe recibido, que estuvo a punto de enviarlos también al precipicio.

Quedaron atravesados en medio de la carretera, suspirando de alivio, con los corazones en la boca, pero vivos.

* * *

—Dios mío, Donald… —Keisho se abrazó a su amante compañero, tembloroso su menudo cuerpo—. ¡Qué miedo he pasado! Han intentado… Han intentado matarnos.

Ambos miraron de nuevo los restos llameantes y retorcidos del automóvil que poco antes trató de acabar con ellos, terminando con los papeles invertidos. Una vida se había perdido. Pero, por fortuna, no fue la de ninguno de ellos.

—Ahora no queda ninguna duda, Keisho —aseguró, ronco, el *karateka* —. Hay alguien más metido en este lio. Alguien que desea nuestra muerte,

no sé por qué. Ese hombre… era chino. No me cabe la menor duda.

—¿Podía ser… el que te llamó?

—Es posible —asintió él—. Pero no puedo asegurarlo. Esto parece tener más importancia de la que creíamos en un principio. Y pienso llegar hasta el fondo, como sea.

Se dirigieron al vehículo de Keisho, todavía en medio de la carretera. Ambos parecían dar vueltas al asunto, intentando darle coherencia a todo lo sucedido.

—¿Agentes chinos, tal vez?

Donald miró a la joven nipona, como aturdido.

—¿Qué?

—¿No puede ser el servicio secreto chino el que esté metido detrás de todo esto? —apuntó una posibilidad Keisho, inspirada—. Lonigan es periodista, recuérdalo. Pudo enterarse de algo que no le convenía y…

—Te entiendo —asintió Halloway—. Pero nosotros no tenemos nada que ver con ese hombre. Solo le buscamos por Selena.

—Eso lo sabemos nosotros, Donald. Ellos, no… Quizá no deseen correr riesgos.

Donald abrió la portezuela del automóvil, observando el metal abollado.

—Si tu teoría es cierta —suspiró—, estamos en un buen lío. Desearía que te equivocases.

—Y yo, Donald —se mordió el labio inferior ella, mientras entraban—. Y yo… ¿Volvemos a casa?

Halloway siguió por el mismo camino, a mayor velocidad que antes. No volvió la cabeza al responder:

—No, flor de loto… Si hemos llegado hasta aquí, podemos permitirnos el lujo de averiguar cuanto de verdad había en las palabras de nuestro informador.

CAPÍTULO VI

ARAÑAZOS SANGRIENTOS

Aquel era el lugar.

No podían haberse equivocado. Coincidía con los datos que un anónimo y desconocido colaborador indicó al *Sensei*.

Allí estaba el bosque de coníferas, al lado de la carretera, proyectando su sombra sobre el asfalto grisáceo. Los pinos agitados por el viento primaveral, frío y potente, cargado de humedad…

Era justo el sitio indicado. El cuenta-millas no mentía. Los cálculos mentales de la pareja eran correctos.

Y, sin embargo, allí no había nada.

Ni una casa pequeña. Ni una choza semiderrumbada por el tiempo, donde alguien pudiera guarecerse de los rigores de la intemperie. Ni, mucho menos, un posible escondite para un hombre que no desea ser descubierto.

—Extraño… —se frotó el mentón el joven, mirando en derredor, escudriñando el interior del bosque.

Keisho, a su lado, tiritó de frío, subiendo aún más el cuello de su abrigo. Todo era silencio. Solo el silbido del viento entre los árboles, golpeando inclemente sus cuerpos, era el único sonido en torno.

—Pudo ser un engaño —opinó la joven, cogiendo su brazo—, un cuidadoso ardid para atraernos a su trampa.

—De eso estoy seguro —asintió el *budoka*—. Era una trampa. Pero mi curiosidad no ha decrecido. ¿Por qué, precisamente, aquí? Ni siquiera intentaban que pareciera un accidente… Y eso me extraña. No encaja en un servicio secreto, que debe obrar con cautela, sin despertar sospechas.

Caminó hacia el bosque. Keisho, sujeta con fuerza a su brazo, le siguió, sin poder contener un escalofrío cuanto el viento zumbó con más fuerza, quizá advirtiéndoles.

Se internaron entre las coníferas. El frío se hizo más intenso. Pero Donald no subió la cremallera de su cazadora, para estar más cómodo en caso de…

Otra trampa.

La idea se abrió paso con fuerza entre la multitud de pensamientos desordenados que giraban en la mente de Keisho.

¿Era posible que allí les esperase otra trampa…?

La japonesa se pegó más al musculoso cuerpo de su compañero. Notó

entonces algo duro, cilíndrico, en el costado del joven, bajo el negro cuero. No preguntó nada.

En ese momento, lo vieron, al lado de un pino de grueso tronco, tendido sobre la hierba, inerte. Halloway y la joven se miraron, sin decir palabra, y corrieron hasta allí.

No podían hacer nada. Aquel hombre estaba muerto. Lo supieron al darle la vuelta, viendo su cuello torcido, roto por un golpe brutal.

Halloway comprendió por qué le dijeron que fuera allí.

—Mark Lonigan… —susurró, al reconocer las facciones, ante la mirada espantada de Keisho, que ni siquiera se arrimó—. Lo hemos encontrado… Pero tarde, por desgracia.

Observó su cuello. Sabía qué era lo que podía provocar aquel tipo de muerte. Tenía experiencia.

—Un golpe… Un golpe seco, como solo puede darlo un artista marcial… *Karate*… *Kempo,* quizá… O *Kung-Fu*, si el autor es chino.

Oyó un ruido. Pies descalzos sobre la crujiente hojarasca, sin duda. Se volvió con rapidez, fulgurante. Keisho también, acercándose a él.

Al fin veían a los criminales. No cabía ninguna duda. Eran *ellos*…

Cráneos rapados, ojos rasgados, de dura, fría mirada, facciones inescrutables, piel aceitunada, poderosos músculos dispuestos a entrar en batalla… Todo eso apareció ante ellos de pronto, cuando vieron a aquellos tres hombres, a pocos metros.

Y serpientes aladas. Tatuajes en rojo cubriendo sus pechos de titanes. Apenas unos trozos sobre la piel desnuda, representando al fabuloso reptil.

—Son ellos, Keisho… —dijo en voz baja el *budoka,* adoptando la postura de combate llamada *Ko-Kutsu-Dachi, l*os brazos adelantados, en guardia, a la altura de su pecho—. No el gobierno chino, sino ellos… Cuidado. Son luchadores. Y expertos.

Keisho no dijo nada. Esperó, en *Kiba-Dachi, c*on las manos como zarpas, engarfiadas en el aire, y miró a sus silenciosos adversarios con dureza. Donald tenía razón. Eran buenos luchadores. El *Kung-Fu,* el «secreto de Shaolin», como lo llamaban los *karatekas,* era su estilo. Sus manos, en *Hu-Chao* o, simplemente, en *Ch'uan,* sus piernas, en la posición *Fut-Ui* o de arco, así lo demostraban.

En ese momento, surgió una cuarta figura, tras los tres luchadores, que se encaró a los *budokas.* No llevaba tatuaje en su pecho, pero si un grueso, redondo medallón de oro, con la deidad grabada, entre palabras chinas, que Donald no entendía.

Serpientes aladas.

Parecía un símbolo, una criatura mitológica a la que sin duda adoraban. Al pensar en ello, recordó que ya antes vio algo parecido, en otra parte. Una sierpe alada, enroscada… ¿en una muñeca…?

Selena Spacek…

Sí, Selena la tenía, en su muñeca; un recuerdo de su prometido, ahora asesinado por unos hombres… que también tenían ese signo.

Todo parecía girar en torno a ese tatuaje escarlata…

—No luchéis, enemigos —dijo el hombre del medallón, en inglés. Donald reconoció en aquella la voz qué le llamó por teléfono, sin ninguna dificultad—. De nada os serviría, creedme. Aceptad vuestro fin sin oposición. Será rápido y sin dolor apenas, no como le sucedió a ese infeliz.

—¿Por qué? —silabeó Donald, mirando con fiereza al cuarteto, sin abandonar su postura—. ¿Por qué todo esto? ¿Qué os hizo este hombre? ¿Qué hemos hecho nosotros?

—Irritar a Naga, nuestro dios serpiente —respondió el chino, acariciando el medallón con los dedos de su diestra—. Ese hombre y sus compañeros penetraron en nuestro templo, hollaron el recinto sagrado de nuestro dios, mancharon de sangre el templo, después de robar los tributos a Naga, el medallón sagrado, asesinaron con sus armas a hermanos nuestros, a sangre fría, sin dudarlo. Crímenes sin cuento, que ni siquiera la muerte puede lavar del todo. Por eso ha muerto ese infiel. Por eso morirán los otros dos que faltan, como murió uno de ellos, allí, en nuestra patria, después de que desatáramos su lengua. Como moriréis vosotros, ahora mismo[7].

—Pero… Nosotros no os hemos hecho nada —protestó Keisho, apretando los labios.

—Sois amigos de los que buscamos. Solo por eso merecéis la muerte, para que Naga esté contento. Nosotros, los adoradores de la Serpiente Alada del Templo Perdido, seremos vuestros verdugos, en nuestra misión de justa venganza.

—¿Justa? No hay justicia en ejecutar a unos inocentes…

—No sirven de nada vuestras palabras —concluyó el sectista, dando una orden en chino a sus hombres y retirándose para que la cumpliesen.

Avanzaron los adoradores de Naga, el desconocido dios de alguna ignota región de China, decididos. En sus ojos no cabía la duda sobre lo que iban a hacer.

—No estamos indefensos, muchachos —escupió el *budoka*—. Pronto lo veréis.

—Sabemos que sois luchadores —rio el del medallón, que sin duda era el jefe religioso de los sectistas—. Pero nada podréis contra ellos, que han dedicado toda su vida a la lucha, en nombre de su dios. Si supierais la clase de ejercicios, de pruebas, que deben superar, temblaríais. Su sola mención, os haría palidecer.

No continuó. La lucha iba a empezar. El combate entre los cinco colosos no se haría esperar.

Cada uno lucharía. Unos, para matar; los otros, para sobrevivir.

Sí, quizá aquellos tres hombres eran muy superiores a los *karatekas*… Era posible que sus experiencias en la lucha fueran mucho mayores a las que podría tener un hombre dedicado al *Budo.*

Sin embargo, él no era un *karateka* normal… Durante muchos, muchos años, había vivido luchando, como si esa fuese su auténtica existencia: luchar. Sus músculos, sus manos, sus pies, se habían templado y endurecido en el Templo de la Verdad, en el interior de Japón. Podía destrozar piedras, hundir tabiques de una patada, clavar sus dedos desnudos entre las fibras secas del bambú… Y matar, por supuesto, sin dificultades.

Sin embargo, no quiso correr riesgos con Keisho. Por eso, antes de que se produjera el ataque, hundió sus manos entre sus ropas y tendió algo a la joven.

Los *tonfa.*

La joven miró a su *Sensei.* Comprendió. Sin dudarlo, cogió las antiguas pero efectivas armas, colocándolas como viera hacer a Halloway antes.

Entonces, se produjo lo que temían: fueron atacados. Con furia, sin cuartel… Dos cuerpos de piel aceitunada se alzaron en el aire, proyectando sus pies descalzos hacia el *budoka.* Un grito ronco, un remedo del japonés, salió de sus gargantas.

Pero no hallaron al joven en su camino. Este eludió el ataque, lanzándose al suelo con rapidez, rodando sobre la hierba en *Mae Ukemi* para después incorporarse como una centella.

Keisho, entre tanto, esquivó las manos del tercer luchador, que pretendían golpearla con *Yin Ch'uan* o puño de Cabeza de Dragón. Ágilmente, logró ponerse fuera de su alcance.

El pie derecho de Donald Halloway se disparó con virulencia, alcanzando el estómago de un sectista, que retrocedió, dolorido por los efectos del *Yoko-Geri.* Su brazo izquierdo, mientras tanto, paró un ataque directo, en *Uchi-Uke.*

Su puño buscó, en un fulgurante *Oitsuki,* el rostro de su atacante. Pero no lo encontró, al saltar este hacia atrás. Sin embargo, lo esperaba, y su pie alcanzó con dureza su estómago, muy cerca del hígado.

Eran duros. Sus cuerpos estaban acostumbrados a los golpes. Sus mentes, acondicionadas para la batalla, frías y lúcidas, reaccionaban con rapidez.

Recibió una patada en el pecho, que le hizo recular, sin aliento. Sus golpes eran peligrosos. No podía dejar que volviesen a alcanzarle.

Por eso, actuó, demoledor, cuando uno de ellos se acercó, dispuesto a rematarle con un golpe preciso. Y mató. Le desgarró el alma, pero lo hizo. Mató, con sus manos desnudas.

Un *Mac-Tobi-Geri* o patada en salto, restalló contra la mandíbula del

adorador de Naga. La sangre brotó de sus labios, de su mandíbula rota, mientras el *Kiai,* potente, poderoso, retumbaba en los oídos de todos los presentes.

—¡¡AAAAOOOOOOOAAAAAYYYY…!!

Después, su puño, en *Nakayubi-Ipponken*, con la unión entre las falanges del dedo corazón, golpeó sin piedad en el *Hichu* o nuez de Adán, destrozando la tráquea de su adversario, en un *atemi* mortal, que hizo vomitar sangre al desgraciado. Se derrumbó, sin vida, como un fardo.

Su siguiente golpe también tuvo trágicas consecuencias para su otro oponente. Paró su ataque furibundo con *Shuto-Uchi-Uke* y su diestra, sus dedos todos, como la auténtica zarpa de un gato, se hundieron en los ojos del chino.

Este aulló, llevándose las manos a la cara. La sangre las empapó horriblemente, y aún chilló más fuerte el herido, con agonía casi.

Mientras, durante el transcurso de aquella batalla entre expertos luchadores, Keisho se defendió cómo pudo de los ataques de su hermano de raza, con ayuda de los *tonfa.* Paraba los golpes con habilidad, sin demasiada dificultad. Pero había peligro. El chino era muy rápido de pies. Podía dejarla *K.O.* en cualquier momento.

Por eso, cuando vio la oportunidad, la aprovechó. Sin dudarlo ni un instante. Su pierna derecha, en *Mawashi-Jodan-Geri,* se dispuso a golpear en la cara del chino de pecho tatuado. Pero este paró el golpe, aunque tuvo que dejar su intensa concentración, por la fuerza de la patada.

Entonces, Keisho Ozawa golpeó. El *tonfa* que sujetaba con su mano izquierda, movido en un ataque muy parecido al *Tettsui-Uchi* de *Karate,* alcanzó en la base del cuello al chino, dejándole inconsciente de modo fulminante.

Fue un desenlace demasiado sangriento para un solo día.

Un muerto… Un herido, que gimoteaba, asustado, fuera de sí, enloquecido por el insoportable dolor, probablemente ciego para toda la vida…

Sí, demasiado sangriento…

Pero, sin embargo, no tuvieron otro remedio. Estaban en juego sus vidas, por un motivo pueril, que ni siquiera tenía razón de ser…

Todo había sucedido por el fanatismo de aquellos hombres.

Donald y el chino que quedaba en pie se miraron. Su rostro, a pesar de todo, permanecía inescrutable, como esculpido en jade, sin demostrar sus facciones el más mínimo sentimiento.

—Paz para Naga, amigo —dijo el *budoka*—. No queremos más sangre, sin que exista un motivo justificado. Nosotros nada tenemos que ver con los asesinos que entraron en vuestro templo. Nos hemos visto envueltos en todo esto sin quererlo. Acepta la palabra de honor de un *budoka.*

El chino no dijo nada. Solo miraba a ambos jóvenes, con expresión hermética, fijos sus ojos rasgados en los luchadores.

—Eso podía haberse evitado, si hubieseis aceptado mi palabra, si me hubieseis escuchado —siguió hablando el *karateka,* observando a los caídos—. Ahora, es tarde. Pero procuremos que no se derrame ni una gota más de sangre, que no se pierdan más vidas. La justicia se encargará de castigar a los culpables de que todo esto sucediera. Pagarán sus crímenes. Eso te lo juro yo, hijo de Naga.

Tampoco esta vez se dejó oír la voz del sectista. Sin embargo, asintió.

* * *

La puerta de su piso estaba entreabierta. No hacía falta ser un nuevo Sherlock Holmes para adivinar que había alguien dentro…

Y, desde luego, no se equivocó.

Allí estaban, esperándole. Los dos: Benjamín Deekson y Burt Lonigan, hermano del muerto, el hombre que le contó todo sobre el secuestro de Selena.

Selena…

También estaba allí, amordazada, atadas sus manos por una gruesa cuerda. Al entrar, les miró, suplicante, asustada. A pocos centímetros de su rostro, el negro cañón de una pistola automática la apuntaba, empuñada por Deekson.

No parecían contentos los dos criminales. Al contrario, sus gestos hoscos, sombríos, reflejaban cierta irritación.

—Creías que nos ibas a engañar… ¿verdad, Halloway? —silabeó Lonigan, acercándose tranquilamente a los *karatekas,* seguro de sí por los ases que llevaba en la manga—. Tú y tu amiga, la japonesa… No somos idiotas. Y, si lo pensasteis, ya veis que estabais equivocados.

—No nos gusta que nadie nos espíe, Lonigan —fue el comentario de Halloway—. Hicimos un trato… ¿recuerda? Ustedes confiaban en mí para que diese con su hermano, mientras que yo daba por supuesto que no harían nada a Selena. No cumplieron su parte, y eso me molestó, simplemente.

—¿Dónde está mi hermano? No me salga con excusas, porque usted lo sabe.

—No se preocupe, Lonigan —suspiró el joven, mirando a la amordazada Selena—. No pienso mentarle. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. Está… muerto.

El secuestrador retrocedió un par de pasos, acusando el golpe. Miró con desconcierto a los dos *budokas.*

—¿Muerto? —jadeó, lívido—. ¿Ustedes…?

—No, Lonigan —negó Halloway con frialdad—. Nosotros no matamos a menos que sea totalmente necesario. No fuimos nosotros.

—¿Entonces…?

—Incurrieron en el odio de enemigos formidables, Lonigan — respondió, despacio, como buscando las palabras adecuadas—. A los adoradores de Naga no les gustó lo, que hicieron en el Templo Perdido. Buscan venganza en nombre de su dios. Y ya la han obtenido… en parte.

La palidez de los dos hombres aumentó. Durante unos instantes, parecieron estatuas de cera en medio de la sala.

—¿Él… Templo Perdido? —temblaron los labios de Deekson—. No… No puede ser. No aquí, en Londres, tan lejos de China y de sus misterios…

—Pues están aquí, amigo mío… Y sus intenciones no son buenas. Entréguense… De esa forma, no sufrirán daño alguno.

—¡No! —la pistola apuntó al *karateka,* que ni siquiera pestañeó—. Es mentira… Una absurda trampa…

—No seas estúpido, Ben —escupió, de pronto, su compañero—. Si no fuera verdad… ¿Cómo pueden haberse enterado? Nadie, salvo nosotros, conoce la existencia del templo…

—Entonces… ¿Qué podemos hacer…?

—Quizá… podamos escapar… Marcharnos lejos, a algún sitio donde no nos puedan encontrar…

Donald se acercó al sillón donde estaba Selena. No parecía haber sufrido malos tratos, a simple vista.

—¿Estás… bien, Selena? —preguntó.

La joven cabeceó afirmativamente. Miró de reojo el arma que la encañonaba. La mano de Deekson temblaba, presa del miedo que se había despertado en su corazón.

Halloway aprovechó la ocasión. Usó sus habilidades para alejar el peligro, para hacerse de una vez con todas las bazas.

La pistola de Deekson escapó de sus dedos, súbitamente doloridos, al ser alcanzado por una *Mawashi-Geri.* El secuestrador, sorprendido, trató de levantarse. Pero el puño de Halloway, el contrario al pie avanzado, le detuvo, en fenomenal *Gyaku-Tsuki,* que le hizo ver las estrellas.

Sin embargo, no siempre salen las cosas bien. Al volverse hacia Lonigan, este ya había sacado un arma, que empuñaba con más firmeza que su compañero, apuntándole. Y Keisho estaba demasiado lejos para impedir que…

Disparó, mientras intentaba escapar. Donald, al mismo tiempo, saltó hacia la derecha. La bala silbó a su lado, trazando un surco doloroso en su brazo izquierdo.

Keisho no pudo evitar que Lonigan saliese. Demasiado preocupada por la suerte de su amado, recibió un terrible empujón, que la envió hacia la

pared. Y Lonigan cruzó el umbral.

Pero no escapó.

Se oyó un silbido, breve, muy breve. Y un chasquido inconfundible, de carne hendida. El mango de un cuchillo oriental asomó en su estómago, mientras se volvía hacia ellos, con ojos desorbitados, y moría allí mismo.

En ese momento, a sus espaldas sonó un grito de mujer. Los dos *budokas* se volvieron, fulgurantes.

Era Selena quien chillaba, horrorizada. Pero ya no había ningún peligro. Solo muerte…

Deekson, recuperado, se había levantado… solo para derrumbarse otra vez, de bruces. En su espalda, todavía vibraba el asta de una flecha.

Halloway buscó a los asesinos. Pero no los encontró. Probablemente, sería inútil buscarlos.

La venganza del Templo Perdido se había cumplido. Y ahora, más que nunca, de verdad podía afirmarse que «el resto… fue silencio».

F I N

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROTAR DE NUEVO.

LA CALVICIE SUPERADA.

EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente)



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

Notas

[←1]

Alusión a otros números de esta colección: *Manos vacías* y *La mordedura de la serpiente,* del mismo autor.

[←2]

Proyección que se efectúa al golpear el pie la pierna contraria del oponente, por su cara externa. Muy rápida y eficaz. (N. del A.).

[←3]

Cuarto *Dan.* El número 4, en japonés, puede pronunciarse *Shi o,* si se prefiere, *Yon.* (N. del A.).

[←4]

Hamlet, última escena. (N. del A.).

[←5]

Sobre *Shin-ji, e*l Templo de la Verdad, y todo lo que Halloway, dice de él, puede verse *La mordedura de la serpiente,* donde se explica todo con detalle. (N. del A.).

[←6]

Los números, del 1 al 10, en japonés. (N. del A.).

[←7]

Aunque esa deidad es una guaria, esos seres, los *Nagas,* serpientes voladoras de gran sabiduría, existen en la mitología tibetana. (N. del A.).